

REFUGIADOS

N° 132 • 2006

*¿Dónde
están
ahora?*

LOS
REFUGIADOS
HÚNGAROS,
50 AÑOS
DESPUÉS



**UNHCR
ACNUR**

La Agencia de la ONU para los Refugiados

ARTÍCULO ESPECIAL DE LA EMBAJADORA DE BUENA VOLUNTAD DEL ACNUR **ANGELINA JOLIE**

El 50 aniversario

del levantamiento HÚNGARO

LA ÚLTIMA SEMANA DE OCTUBRE DE 1956 fue una de las más dramáticas de la segunda mitad del siglo XX. En ella estallaron dos crisis completamente distintas, ambas con importantes y duraderas ramificaciones para el futuro curso de la Guerra Fría y las relaciones entre las dos superpotencias emergentes, así como para el desarrollo de las Naciones Unidas.

El 23 de octubre, mientras los gobiernos británico, francés e israelí celebraban una reunión secreta de tres días en Sèvres, cerca de París, que desembocaría en una convulsión momentánea en Oriente Medio (cuyos ecos aún resuenan hoy), un grupo de estudiantes de ingeniería de la capital húngara, Budapest, decidía organizar una manifestación, no por la situación en Hungría, sino por la de Polonia.

Budapest se había visto recorrida por un torbellino de noticias sobre los disturbios en otros estados satélite soviéticos: motines en Alemania Oriental, muestras de descontento en Praga y, sobre todo, una revuelta importante en la ciudad polaca de Poznan en junio, que había sido aplastada por el ejército.

Los estudiantes de Budapest oyeron rumores de que se estaban produciendo nuevos disturbios en Polonia y decidieron manifestarse en apoyo de los polacos. El mensaje se extendió rápidamente por la ciudad y la gente empezó a salir de tiendas, fábricas y casas para unirse a la marcha.

Fue así como, en cierta medida, la revolución húngara de 1956 empezó accidentalmente, aunque las tensiones estaban a flor de piel desde hacía algún tiempo. El país había pasado por considerables apuros económicos y por una sucesión de feroces purgas durante una década de gobierno comunista. La denuncia de Stalin por parte de Nikita Khrushchev en febrero de 1956 había generado una oleada de expectativas por toda Europa central y, dos semanas antes, en la propia Budapest, se había celebrado ya una gran manifestación de tonos claramente anticomunistas.

A medida que evolucionaban los acontecimientos del 23 de octubre, decenas de miles de personas se echaban a las calles y, de modo fulgurante, la manifestación inicial se transformaba en algo totalmente distinto: una revuelta en toda regla contra el régimen y sus patrones soviéticos.

Doce días más tarde, el 4 de noviembre, los tanques soviéticos rodaban por Budapest. La ciudad soportó días de fuertes

bombardeos y batallas callejeras y los húngaros empezaron a huir a millares hacia la vecina Austria. Cuando finalmente las fronteras quedaron selladas, unos 180.000 húngaros se habían marchado a Austria y 20.000 se habían dirigido a Yugoslavia, en el sur.

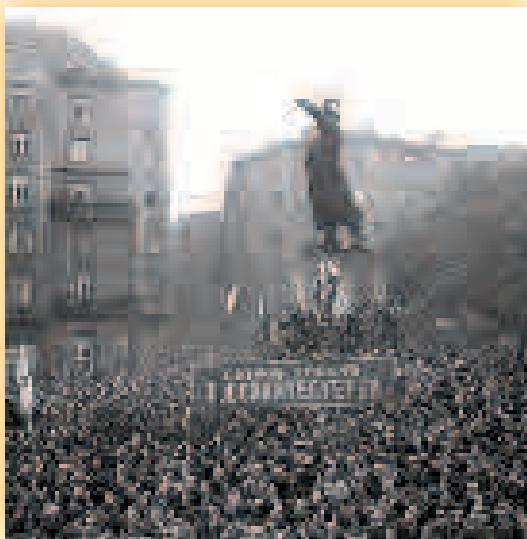
A los pocos días de comenzar el éxodo se puso en marcha una extraordinaria operación en Austria, no sólo para atender a los refugiados, sino para trasladarlos fuera del país casi tan rápido como llegaban. Al final se reasentó a 180.000 personas desde Austria y Yugoslavia en un total de 37 países, los primeros 100.000 en sólo nueve semanas. La actuación de los austriacos, las agencias de ayuda y los países de reasentamiento fue realmente destacable.

El levantamiento de 1956 y el periodo inmediatamente posterior ayudaron a dar forma al modo en que las organizaciones humanitarias —el ACNUR especialmente— se enfrentarían a las crisis de refugiados en las décadas siguientes. Este episodio dejó asimismo una marca indeleble en el derecho internacional y la política para refugiados.

Pero a la gente que más marcó fue, por supuesto, a los propios húngaros, tanto a los que se quedaron como a los que se marcharon. Para conmemorar el 50 aniversario de la Revolución de 1956, la revista REFUGIADOS ha entrevistado a siete refugiados húngaros que, a raíz de estos hechos, se instalaron en distintos y lejanos países del extranjero.

Abarcan desde uno de los nombres más importantes en la industria mundial informática hasta un mecánico de automóviles jubilado. Pero todos, cada uno a su manera, han pasado los últimos 50 años labrándose un próspero futuro que contradice la idea de que los refugiados son una «carga» para los estados anfitriones.

Como comenta la embajadora honorífica del ACNUR, Angelina Jolie, en su artículo que aparece en este mismo número, 50 años es «un parpadeo en la historia de la humanidad». En el mundo de los refugiados ha habido muchos logros en el último medio siglo, pero, como nos recuerda la respuesta que tuvo la crisis húngara, parece que en el camino se ha perdido un cierto grado de espontaneidad, altruismo y simple generosidad de espíritu.



**LA FATÍDICA MANIFESTACIÓN
EN LA PLAZA BEM DE BUDAPEST
EL 23 DE OCTUBRE DE 1956.**

MTI FOTÓ/B. SANDOR/HUN1956

Editor
Rupert Colville

Colaboradores
Andrea Szabolits, Ariane Rummery, Bryan Deschamp, Catherine-Lune Grayson, Ivor Jackson, Klára Szentirmay Martine Pochon, Melita Sunjic, Rika Hakoziaki, Sylvana Whyte, Tarek Abou Chabake, Terri Murphy, Tim Irwin y el personal del ACNUR en todo el mundo

Asistente editorial
Manuela Raffoni

Departamento fotográfico
Suzy Hopper, Anne Kellner

Diseño
Vincent Winter Associés, París

Producción
Françoise Jaccoud

Distribución
John O'Connor, Frédéric Tissot

Reproducción fotográfica
Aloha Scan, Ginebra

Mapas
Unidad de Mapas del ACNUR

Documentos históricos
Archivos del ACNUR

Comisión Coordinadora de Refugiados en español: Agni Castro-Pita, Representante del ACNUR en España. Por parte de la Secretaría de Estado de Inmigración y Emigración: Estrella Rodríguez Pardo, Directora General de Integración de los Inmigrantes; Miguel Ángel Aznar Nieto, Subdirector General de Intervención Social; Roberto Amurrio Iñigo, Jefe de Área de Gestión de Programas. Responsable de la versión española de *Refugiados*: Francesca Fontanini.

Refugiados es una publicación de la Sección de Información Pública del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. Las opiniones expresadas por nuestros colaboradores no coinciden forzosamente con las del ACNUR. Los términos empleados y los mapas incluidos no suponen una toma de posición por parte del ACNUR en cuanto al estatuto jurídico de ningún territorio o las autoridades del mismo. Refugiados se reserva el derecho de editar todos los artículos antes de su publicación. Los textos y fotos sin copyright pueden ser reproducidos sin autorización previa. Por favor, citen al ACNUR. Las fotografías, excepto las que tienen copyright, pueden obtenerse sólo para usos profesionales. Edición española: 16.200 ejemplares, financiada por el Gobierno español a través de la Dirección General de Integración de los Inmigrantes.

Tirada total: 114.000 ejemplares en inglés, francés, italiano y español.

ISSN 0252-791 X

D.L.: M. 43.567-1984

Impresión en España:
GRÁFICAS ARIAS MONTANO, S.A.

Portada: Una niña húngara busca a sus padres tras separarse de ellos durante su huida a Austria en noviembre de 1956.

© BETTMANN/CORBIS/AUT/1956

Contraportada: Niños húngaros refugiados. DESDE LA ESQUINA SUPERIOR IZQUIERDA, EN EL SENTIDO DE LAS AGUJAS DEL RELOJ:

10M/HAT0085; FOTOS DEL ACNUR 101, 102, 92, 99, 80.

UNHCR - ACNUR

P.O. Box 2500
1211 Geneva 2, Switzerland
www.unhcr.org
www.acnur.org

Subvencionado por:



REFUGIADOS

N° 132 - 2006

4

TEMA DE PORTADA

La Revolución Húngara de 1956 y los refugiados que cruzaron en masa el Telón de Acero provocaron una extraordinaria respuesta de la que se beneficiaron las futuras generaciones de refugiados.

Cincuenta años después

En el 50 aniversario de la revolución, siete antiguos refugiados húngaros cuentan cómo acabaron en lugares tan dispares como Wellington, Tokio, San Francisco y Bogotá.

24

RESOLVER LA CRISIS MUNDIAL DE REFUGIADOS

Angelina Jolie sostiene que deberíamos evitar los errores del pasado adoptando programas más elaborados e invirtiendo mayores recursos en las regiones de procedencia de los refugiados.

27

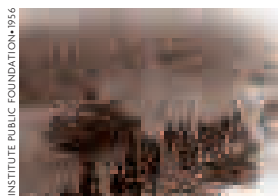
ÚNETE AL EQUIPO DE RESPUESTA URGENTE DEL ACNUR

Angelina Jolie da un primer espaldarazo a la iniciativa del Equipo de Respuesta Urgente del ACNUR y anima a todos a hacer lo mismo.

28

EL SUEÑO LIBERIANO

No es sólo la devastada infraestructura de Liberia lo que hay que reconstruir partiendo de cero, sino que es preciso rehacer la sociedad misma desde sus cimientos.



INSTITUTE PUBLIC FOUNDATION/1956

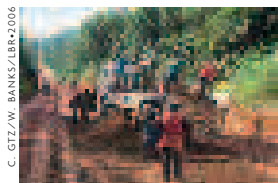
HUN/1956

4 Siete antiguos refugiados húngaros aportan su visión de la madre de todas las operaciones modernas de ayuda a refugiados.



ACNUR/E. PARSONS/SDN/2004

24 Tras visitar a refugiados en una veintena de países, la embajadora honorífica del ACNUR ofrece su punto de vista en un artículo especial.



C. GTZ/W. BANKS/LBR/2006

28 A pesar de los enormes obstáculos, los liberianos se dirigen lentamente hacia un futuro mejor.

"All the News That's Fit to Print"

VOL. CIVL—No. 36,078

BRITISH AND FRENCH PUSH TOWARD LANDING; ISRAELIS CAPTURE GAZA AND CONTROL SINAI

Hungary Protests to Soviet Against New Troop Moves; West Urges Action by U.N.; Tension Is Rising in Poland



STEVENSON OFFERS A PROGRAM TO END STRIKE IN MIDEAST

NEW PLEA BY NAGY Premier Asks That U.N. Defend Neutrality of Hungary

By JOHN MACCORNAK... BUDAPEST, Hungary, Nov. 3.—Prime Minister Imre Nagy today made a new appeal to the United Nations for help in restoring Hungary's neutrality.

12,000 Prisoners Taken

By HANNAH WEIGER... THE ARMY, Israeli, captured 12,000 prisoners of war in the Sinai Peninsula today.

Israelis Are Mopping Up; Egypt Braces for Landing

Cairo Defense Held Ready... CAIRO, Nov. 3.—Waves of Israeli troops and tanks were reported today to be mopping up the Sinai Peninsula.

BOMBING PRESSED

Planes Center Attacks on Army After Cairo Loses Airpower

By DEWEN ABDOLATEEN... LONDON, Nov. 3.—The Egyptian Air Force today pressed a primary campaign to retake the Sinai Peninsula.

U.N. SPEAKERS ASK PARIS ACTED TO BAR HELP FOR HUNGARY

U.N. Speakers Ask Paris Acted to Bar Help for Hungary... PARIS, Nov. 3.—Speakers at the United Nations today urged the United States to take action to help Hungary.

U.S. PROTESTS REFUSAL TO LET AMERICANS QUIT HUNGARY

U.S. Protests Refusal to Let Americans Quit Hungary... WASHINGTON, Nov. 3.—The United States today protested the refusal of the Soviet Union to allow American citizens to leave Hungary.

TROOPS REPORTED CROSSING POLAND

Troops Reported Crossing Poland... WARSAW, Poland, Nov. 3.—Troops were reported to be crossing the border between Poland and Czechoslovakia.

Eisenhower Leaves for Nixon's Victory Campaign to Nixon

Eisenhower Leaves for Nixon's Victory Campaign to Nixon... WASHINGTON, Nov. 3.—President Dwight D. Eisenhower today left for his campaign to re-elect Richard M. Nixon.

IN PENNSYLVANIA

In Pennsylvania... PHILADELPHIA, Nov. 3.—A hearing on the activities of the Communist Party in Pennsylvania was held today.

COUNCIL HEARING ON QUINN SLATED

Council Hearing on Quinn Slated... PHILADELPHIA, Nov. 3.—A hearing on the activities of the Communist Party in Pennsylvania was slated for tomorrow.

Mayor Backs Tenney Report on Official's Carving Job

Mayor Backs Tenney Report on Official's Carving Job... PHILADELPHIA, Nov. 3.—Mayor James H. Jeffries today backed a report by a committee on the activities of the Communist Party.

POR RUPERT COLVILLE

LA NOCHE DEL 23 DE OCTUBRE DE 1956 —el primer día de la revolución húngara—, el edificio del parlamento, la sede de Radio Budapest y otros edificios clave quedaron rodeados u ocupados y, aparentemente, agentes de la policía secreta efectuaron disparos contra la muchedumbre.

«Ver aquello me dejó sin aliento —escribe en su autobiografía Andrew Grove, un refugiado húngaro de 1956 que posteriormente sería uno de los fundadores del gigante informático Intel (ver entrevista en p.12)—. Aquellas banderas quedaron cercenadas para siempre. La acción no dejaba lugar a dudas y parecía destinada a provocar una reacción de algún tipo... Sentí que ya no había vuelta atrás».



Del corazón

CÓMO LA CRISIS HÚNGARA CAMBIÓ EL MUNDO DE LOS REFUGIADOS

© HULTON-DEUTSCH COLLECTION/CORBIS/HUN-1956

dujo la espectacular noticia de que el ejército soviético abandonaría Hungría al día siguiente.

DISTRAÍDOS POR LA GUERRA

SIN EMBARGO, TAMBIÉN EL 29 DE OCTUBRE, LA COMUNIDAD internacional, fascinada hasta entonces por lo que ocurría en Hungría, se distrajo repentina y dramáticamente al saber que los israelíes —en aplicación de un acuerdo secreto firmado con británicos y franceses cinco días antes en Sèvres— habían invadido el Sinaí y se dirigían a toda velocidad hacia el Canal de Suez.

La Guerra Fría había generado dos puntos conflictivos en el espacio de una semana. Estados Unidos, temiendo que la guerra pudiera extenderse, se negó a

apoyar a Gran Bretaña, Francia e Israel. Animados tal vez por el embrollo en que se hallaban metidas las potencias occidentales en Oriente Medio y sin mediar palabra, los líderes soviéticos se echaron inmediatamente atrás en su decisión de retirarse de Hungría.

EL REGRESO DE LOS SOVIÉTICOS

LOS TANQUES SOVIÉTICOS REGRESARON A BUDAPEST EL 4 de noviembre, doce días después de la manifestación que se había convertido en una revolución.

En aproximadamente una semana cientos de edificios resultaron seriamente dañados o destruidos cuando los húngaros ofrecieron una enérgica pero, en definitiva, inútil resistencia. No se conoce el número exacto

A la izquierda:

Dos grandes crisis geopolíticas, además de una elección presidencial en EE.UU., compiten por la audiencia mundial el 3 de noviembre de 1956. Al día siguiente, el ejército soviético regresa a Budapest.



En el sentido de las agujas del reloj: La decapitación de la estatua de Stalin durante el primer día del levantamiento; un joven de 16 años es interrogado en Budapest tras haber sido capturado cuando intentaba huir a Austria; unos refugiados son transportados al otro lado de un canal que separa Hungría de Austria.

cientos de ellos fueron ejecutados.

Cuando comenzó la avalancha de refugiados en la frontera con Austria, éstos tenían una cosa a su favor: la comunidad internacional, en general, era extremadamente partidaria de su causa. Era la primera crisis importante que aparecía tanto en televisión como en periódicos y noticiarios cinematográficos, y la gente se quedó horrorizada al ver las escenas de Budapest, así como las desesperadas figuras que cruzaban a pie la inhóspita y nevada frontera.

Y existía también, con toda probabilidad, un sentimiento de culpa. Los húngaros se habían levantado. Habían oído cómo les aplaudían y animaban desde emisoras de radio tales como Radio Europa Libre, la Voz de América y la BBC. Muchos creían que Occidente había prometido acudir en su ayuda.

La ayuda llegó finalmente, pero sólo cuando ya eran refugiados.

TODOS A ACHICAR AGUA

FUE COMO SI SE HUBIESE ROTO UNA PRESA. UN PEQUEÑO número de refugiados empezó a cruzar la frontera con Austria en la última semana de octubre. El siguiente fin de semana (del 4 al 6 de noviembre), la cruzaron 10.000 personas. El 16 de noviembre el total se elevaba a 36.000, y a finales de noviembre se había disparado a 113.000. En diciembre, apenas nueve semanas después, otras 50.000 personas aumentaron la cifra hasta 164.000. En primavera, cuando a efectos prácticos el movimiento había cesado, 180.000 personas habían entrado en Austria y otras 20.000 habían solicitado asilo en Yugoslavia.

de muertos en Hungría, superior quizás a los 2.500 de la cifra oficial. Otros muchos miles fueron detenidos o simplemente desaparecieron, y

Clases enteras, incluso escuelas enteras, cruzaban la frontera pobremente custodiada. Estudiantes, maestros, médicos, atletas y futbolistas famosos, agricultores, arquitectos y peones se dirigían en masa a Austria, en su mayoría a la región del Burgenland, alrededor de la ciudad de Eisenstadt. Se cuenta que un conductor de tren salió de Budapest y no se detuvo hasta verse al otro lado de la frontera. Hombres, mujeres y niños cruzaban pantanos, vadeaban canales, cruzaban bosques y atravesaban sigilosamente los campos nevados intentando evitar las patrullas y los focos.

Robert Quinlan había llegado a Viena unos 20 meses antes como estudiante. Este norteamericano de 29 años había tenido un buen número de experiencias durante su primer año en el extranjero: conoció y se casó con una concertista de piano británica y fue testigo del renacimiento de Austria en mayo de 1955 como resultado de la firma del Acuerdo de Estado que le devolvía su independencia después de 10 años de ocupación por las cuatro potencias victoriosas. El acuerdo entró en vigor en julio de 1955 y las últimas tropas de ocupación se retiraron ese mismo mes de octubre, sólo un año antes de la revolución húngara.

Viena seguía recuperándose de la Segunda Guerra Mundial, con numerosos edificios bombardeados a la espera de restauración. Y todavía quedaba un ligero rastro de la intriga internacional que tan evocativamente reflejaría más tarde la famosa película «El tercer hombre».

«Era una época en que con un buen whisky escocés todavía podían conseguirse muchas cosas», recuerda Quinlan, mencionando a un oficial soviético cuya ayuda solicitó y obtuvo mediante este método.

A Quinlan le ofrecieron trabajo en la ONG norteamericana National Catholic Welfare Conference (NCWC), que más tarde se llamó Catholic Relief Services. La NCWC trabajaba con la agencia para refugiados de la ONU —organización que llevaba sólo cinco años funcionando— ayudando a integrar a los refugiados que

IOM/HATO284/AUS-1956



INSTITUTE PUBLIC FOUNDATION • 1956/HUN-1956

aún quedaban de la Segunda Guerra Mundial. La agencia se dedicaba también al reasentamiento de refugiados en el extranjero, los últimos coletazos de un masivo programa de posguerra que había conseguido reasentar a más de un millón de refugiados entre 1947 y finales de 1951.

Cuando estalló la revolución húngara, Quinlan estaba en Salzburgo, encargado de atender a 150 yugoslavos de origen alemán, una pequeña muestra de los millones de *volksdeutsche* desalojados de sus hogares en Europa Central al final de la guerra. Tenía de plazo hasta finales de año para resolver los 150 casos. El reasentamiento es con frecuencia un asunto lento y metódico, pero no tiene por qué ser así, como Quinlan estaba a punto de descubrir.

Cuando los tanques entraron en Budapest aquel 4 de noviembre, la comunidad internacional reaccionó con gran rapidez, a pesar de la competencia de la crisis de Suez. No estaba preparada para intervenir dentro de Hungría, pero sí, según se vio, para hacer muchas cosas por los húngaros que salieran.

Uno de los que más se aplicaron a ello fue el Ministro de Interior austriaco, Oskar Helmer. El 4 de noviembre, Helmer envió un cable urgente a las sedes del ACNUR y del Comité Intergubernamental de Migraciones Europeas (CIME) solicitando ayuda, tanto en forma económica como de garantías para trasladar rápidamente a la mayoría de los refugiados fuera de Austria.

ORGANIZAR LA RESPUESTA

EN VIENA SE FORMÓ INMEDIATAMENTE un comité compuesto por Helmer y su plantilla, el ACNUR, el CIME y la Liga de las Sociedades de la Cruz Roja (LSCR), así como por unas cuantas ONG lo-

cales e internacionales. La LSCR sería la principal encargada en el frente asistencial, ayudando igualmente al CIME en la inscripción, documentación y transporte de refugiados fuera de Austria. El ACNUR se encargaría de todas las cuestiones legales y de protección, así como de la integración de los que permanecieran en Austria.

Helmer quería asimismo que el ACNUR fuera el coordinador general, o «agencia principal», un papel que confirmó posteriormente la Asamblea General, la cual aprobó diversas resoluciones de importancia durante los siguientes días y semanas (el Consejo de Seguridad, en cambio, se encontraba paralizado tanto en el frente húngaro como en el de Suez por los intereses enfrentados de los países con derecho de veto).

Aparentemente el ACNUR no se encontraba en la mejor posición para hacerse cargo de dicha tarea. En primer lugar se trataba solamente de una organización temporal con un mandato que expiraba en 1958. En segundo lugar, carecía de Alto Comisionado: la primera persona en ocupar el puesto, Gerritt van Heuven Goedhart, había muerto en julio de un ataque al corazón mientras jugaba al tenis, y su sustituto, Auguste Lindt, no sería elegido hasta diciembre. Afortunadamente, el Alto Comisionado en funciones, James Read, y el personal más veterano de la agencia demostraron ser más que capaces de hacer frente al desafío.

La policía de aduanas austriaca, los habitantes locales y los voluntarios ayudaron a decenas de miles de húngaros a entrar en Austria. Con el paso del tiempo, los controles aduaneros se hicieron más rígidos y el papel de los contrabandistas ayudando a la gente a escapar se volvió más importante.

Fue la PRIMERA operación importante de ayuda para refugiados de este tipo y el libro de instrucciones aún estaba POR ESCRIBIR en su mayor parte.



© BETTMANN/CORBIS/USA+1957

Arriba: El primer barco con refugiados húngaros con destino a EE.UU. llega a Brooklyn, Nueva York, en enero de 1957.

Derecha: Un refugiado dice adiós a unos amigos que se van de Austria rumbo a otro país. El ACNUR pidió a los países de reasentamiento que no se olvidasen de los refugiados enfermos y discapacitados.

Fue la primera misión humanitaria moderna, y, tras un comienzo comprensiblemente caótico, se desarrolló sin problemas. A ojos de los donantes, y prácticamente de todos los historiadores, las tres agencias coordinadoras y muchas de las ONG que trabajaron con ellas tuvieron una actuación excepcional.

Los habitantes locales o las autoridades austriacas se encargaban de cuidar de los refugiados que llegaban a la frontera. Luego se les transportaba rápidamente a unos centros donde se les inscribía en el registro, volviéndolos a trasladar a campamentos, hoteles o alojamientos privados. Las ONG, entre ellas las filiales austriacas de la Cruz Roja y Caritas, les ayudaban en este trayecto.

Las agencias enviaban urgentemente personal desde todo el mundo y a muchos otros se les contrataba *in situ*. Según Quinlan, a quien la NCWC reubicó rápidamente de Salzburgo a Viena, los austriacos y las agencias de ayuda pudieron aprovecharse de varios factores: existía un gran número de instalaciones en buenas condiciones (todos los campamentos y barracones recientemente abandonados por las fuerzas de ocupación norteamericanas, británicas, francesas y soviéticas); había también gran abundancia de personal capacitado en el entorno

local, incluidos muchos húngaro-parlantes, y existían redes de agencias humanitarias con experiencia previa en temas de asentamiento e integración.

Por tanto, los elementos básicos de una operación de ayuda se encontraban dispuestos y en su sitio.

Sin embargo, no dejaba de ser la primera operación importante de ayuda para refugiados de este tipo y el libro de instrucciones aún estaba por escribir en su mayor parte.

Para empezar, ¿podía considerarse a esta gente como refugiados y tenía un mandato el ACNUR para hacerse cargo de ellos? Sí, según los austriacos. El ACNUR consintió e igualmente, sin grandes discusiones, hicieron los demás estados. El artículo 6B del Estatuto del ACNUR parecía incluir claramente esta situación. Pero, según la definición de la Convención sobre los Refugiados de la ONU de 1951, ¿no eran refugiados sólo los producidos a raíz de sucesos anteriores a 1951?

Durante las primeras NUEVE SEMANAS se sacó de AUSTRIA a una impresionante cifra de 92.950 personas por barco, autobús, tren o avión.



ICOM/HYU00037/YUG-1957

ICOM/HAT0013/AUS-1957

ACNUR/AT/AUT

¿Y no había que evaluar a cada refugiado individualmente?

ABRIR NUEVOS CAMINOS

EL ASESOR JEFE DEL ACNUR EN ASUNTOS LEGALES, PAUL Weis —calificado por el Alto Comisionado Lindt como «posiblemente el mayor experto mundial en derecho sobre refugiados»—, planteó unos argumentos que satisfacían los criterios legales relacionados con la fecha límite de la definición en la Convención. Por otra parte, el Estatuto del ACNUR se utilizó como base para decidir la admisión «de hecho» de los grupos que llegaban en masa, como el de los húngaros, un acontecimiento tremendamente importante en la práctica del derecho internacional sobre refugiados y que ha beneficiado a muchos millones desde entonces.

Mientras, en lugar de entrar en debates sin fin sobre las cuestiones en torno al mandato y la definición, en Austria, y poco después en Yugoslavia, la gente se centró en hacer su trabajo de ayudar y reasentar a los refugiados húngaros del mejor modo posible.

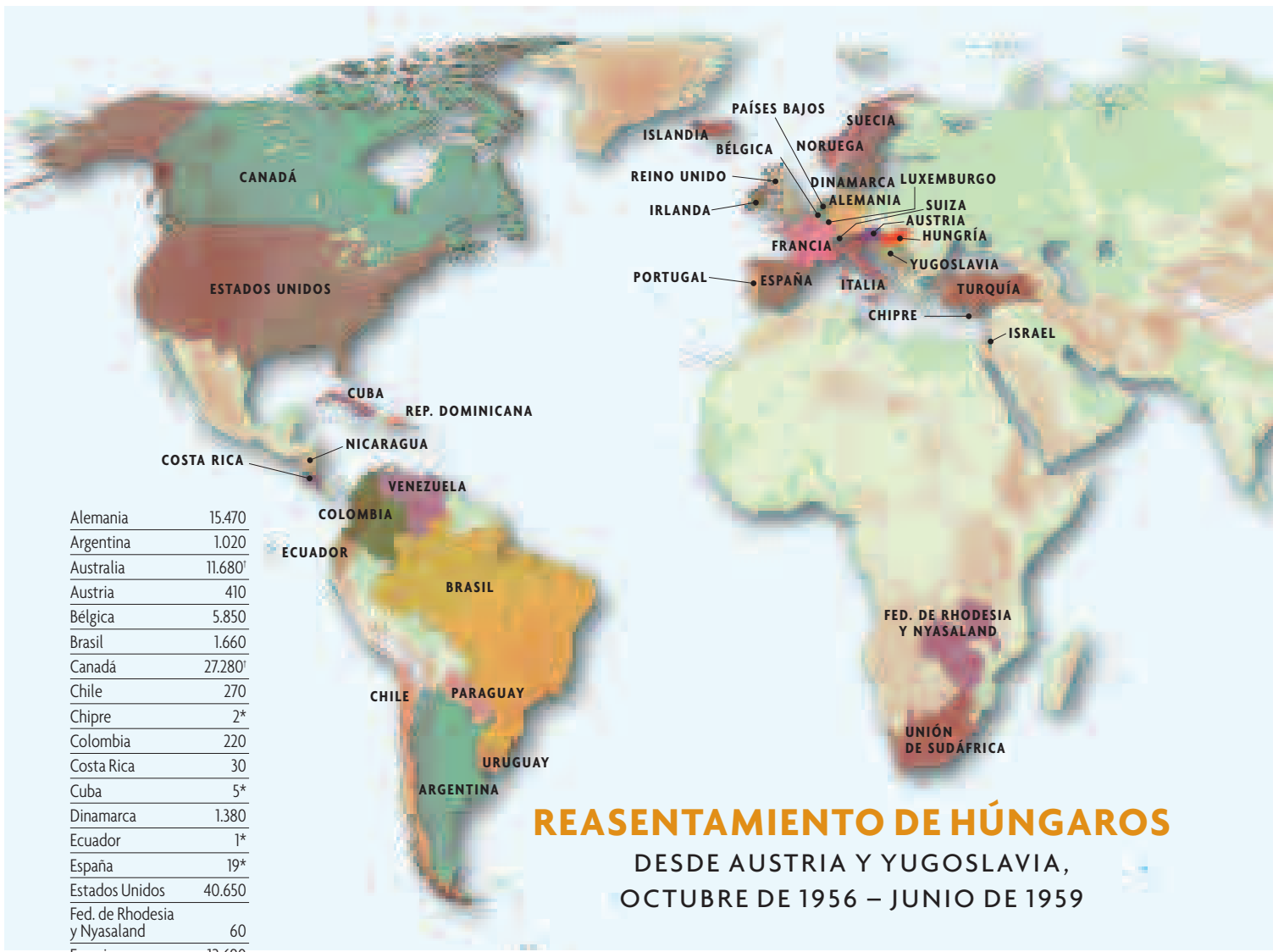
La historiadora Louise Holborn describe el comienzo de la masiva operación de reasentamiento de emergen-

cia, tan sólo tres días después de que el ejército soviético marchase sobre Budapest: «El 7 de noviembre la Cruz Roja francesa fletó un avión a Viena cargado con suministros médicos y llevó refugiados de vuelta a Francia. Algunos grupos privados británicos, y posteriormente compañías aéreas comerciales, siguiendo su propia iniciativa y haciéndose cargo de los gastos, organizaron un puente aéreo para la Cruz Roja británica entre Gran Bretaña y Austria que el 14 de diciembre había transportado ya a 7.500 refugiados al Reino Unido. El 8 de noviembre el primer tren especial desde Suiza trasladó a más de 400 refugiados. Y en días posteriores, autobuses de Suecia y trenes de Bélgica y los Países Bajos regresaron con refugiados a dichos países». También llegaban por vía urgente dinero y artículos de socorro.

El 28 de noviembre un total de nueve países europeos se habían llevado ya a 21.669 refugiados. El 31 de diciembre se había sacado de Austria a una impresionante cifra de 92.950 personas. Cuando acabó la operación, 180.000 de los 200.000 refugiados de Austria y Yugoslavia habían sido transferidos en barcos, autobuses, trenes y aviones a 37 países.

La reacción de muchos estados fue enormemente pragmática, derogando sus leyes de inmigración o encontrando formas de saltárselas, a fin de aceptar rápidamente a tanta gente como fuera posible. Canadá, por ejemplo, aceptó a unas 38.000 personas sin casi ningún

Arriba: Refugiados húngaros a bordo de un tren a la espera de irse de Osijek, en la antigua Yugoslavia, durante 1957; mientras, otro grupo, con rumbo a Suiza, sube a su autobús en Viena.



REASENTAMIENTO DE HÚNGAROS DESDE AUSTRIA Y YUGOSLAVIA, OCTUBRE DE 1956 – JUNIO DE 1959

tipo de chequeo previo, y relajó su prohibición de reasentar en los meses de invierno. También aceptó a un departamento universitario entero de ingenieros forestales, compuesto por unos 500 estudiantes y profesores, y los asentó en la Columbia Británica. Estados Unidos aprobó una ley especial que permitía aceptar a personas con visados temporales, en vez de tener que pasar por el (extremadamente largo) proceso formal de residencia.

Australia levantó las barreras a la tercera edad y Suecia demandó activamente a enfermos de tuberculosis. Posteriormente, los demás países escandinavos, así como otros países europeos, ayudaron también quedándose con gente que sufría de tuberculosis o de afecciones similares (un grupo conocido como los «crónicos», que en tiempos normales resultaba muy difícil de reasentar). Ayudar a los crónicos fue una de las prioridades de Auguste Lindt cuando empezó su etapa como Alto Comisionado.

A veces el impulso perdía velocidad. En más de una ocasión, tanto Helmer como Lindt tuvieron que dar un empujón extra a los estados cuando veían que la sensación de urgencia empezaba a decaer. Ofrecer asilo, aseguró Helmer en una de esas ocasiones, no era sólo un deber, sino «un asunto del corazón».

EL CIERRE DE LOS CAMPOS

LINDT, POR SU PARTE, ESTABA DECIDIDO A QUE LOS HÚNGAROS no acabasen como los miles de refugiados de la

Segunda Guerra Mundial que seguían malviviendo en campos de toda Europa por la dificultad de reasentarlos. En una entrevista inédita realizada por el ACNUR en 1998, dos años antes de su muerte, Lindt aseguró que una de las cosas que más le habían frustrado eran los «horribles campos de los antiguos refugiados. Sabía de su existencia, pero ver que hasta tres generaciones de refugiados seguían viviendo en campos, eso era terrible. Pensar en niños y adultos que no habían tenido nunca una vida normal». Posteriormente pidió a los representantes estatales: «¡Debemos cerrar esos campos!».

Uno de los logros que más le enorgullecían era, sin duda, que para principios de los años 60 no quedaba ningún húngaro en los campamentos. Se les había reasentado (180.000), integrado en Austria (unos 7.900) o Yugoslavia (675), o se habían repatriado voluntariamente (11.273).

TRAS EL TELÓN DE ACERO

TAMBIÉN HIZO LO IMPOSIBLE PARA ASEGURARSE DE QUE las repatriaciones eran absolutamente voluntarias en cada uno de los casos. Entretanto, estrechó relaciones con Tito —quien había tomado la valiente decisión, para un líder comunista, de aceptar húngaros que huían de la intervención soviética— cuando se reunieron en secreto en una isla yugoslava durante 1957.

Las condiciones en los campos de Yugoslavia eran mucho peores que en los de Austria. A Lindt le horro-

Fuente principal: Informe del ACNUR a la Asamblea General, 14 de septiembre de 1959.

* Marzo de 1958, cifras de Louise

Holborn: «Refugiados: un problema de nuestro tiempo», pags. 414-5.

† En otras partes, la cifra final de Canadá es de 38.000 y la de Australia 15.000. Miles de refugiados se trasladaron a un segundo país de reasentamiento, especialmente desde países europeos a Norteamérica.



ICM/HAT0201/AUS+1958

casi todas las condiciones de repatriación que les propuso. En 1963 el Gobierno húngaro declaró una amnistía que permitió a muchos refugiados regresar a visitar a familiares que no habían visto en al menos siete años.

El ACNUR y el sistema internacional de protección de los refugiados que éste defiende salieron enormemente fortalecidos de la crisis de los refugiados húngaros. La noción de refugiado «de hecho» se volvió a usar casi inmediatamente en favor de unos 200.000 argelinos que huían a Túnez y Marruecos, y luego sirvió de base para numerosas operaciones en otros lugares del mundo durante las décadas siguientes. La operación húngara sentó también las bases para una serie de criterios operativos que siguen vigentes hoy en día, especialmente en el área, vitalmente importante, de la coordinación.

«Fue increíble —dice Robert Quinlan, quien tampoco tuvo un papel desdeñable dirigiendo a un equipo de 44 personas que procesaba febrilmente casos de reasentamiento en el salón de baile de un palacio vienes—. Fue un gran ejemplo de responsabilidad compartida. El secreto de la operación húngara fue esa solidaridad y cooperación».

Auguste Lindt estaba especialmente satisfecho por la forma en que la crisis permitió que el resto del mundo accediera al sistema de protección de refugiados, en lugar de quedar confinado a Europa. «Me di cuenta de que sería bueno para la ONU —dijo en 1998, con 93 años—, y [el Secretario General Dag] Hammarskjöld estuvo de acuerdo conmigo, que saliésemos de Europa y que pudiera haber refugiados en todas partes, y que el Alto Comisionado se encargase de todo ello... Fue un gran avance». ■

¿Será el tan esperado visado?

Una fotogénica familia de refugiados espera noticias sobre su reasentamiento en el verano de 1958.

rizó en concreto uno de los campos que Tito le envió a ver. «La mayoría de los refugiados de la costa adriática vivían confortablemente en antiguos hoteles. Pero Gerovo era distinto. Se encontraba situado en las montañas, en un campo utilizado antiguamente por los alemanes, completamente aislado...». Los refugiados se sentían muy frustrados y se quejaron a Lindt de que los trataban como a prisioneros. «Realmente era un campo terrible», recordaba, pero había conseguido que relajaran la normativa para que al menos pudieran salir a dar un paseo fuera del perímetro del recinto.

En el frente del reasentamiento, sin embargo, se hacían grandes progresos, y el ACNUR pudo declarar el problema de los refugiados húngaros en Yugoslavia completamente «resuelto» en enero de 1958.

Lindt visitó Gerovo una vez más: «Me invitó el Gobierno para que fuera testigo de la partida de los últimos refugiados húngaros. Fue extraordinario. Todo el mundo cantaba, los hombres silbaban, por primera vez en meses las mujeres se habían rizado el pelo. Fue una experiencia increíble, enormemente jubilosa».

Además, Lindt se ganó rápidamente las simpatías del nuevo régimen húngaro, que aceptó

El SISTEMA internacional de PROTECCION al refugiado saltó enormemente FORTALECIDO de la crisis de los refugiados húngaros.

50 años después

Las grandes crisis de refugiados —especialmente las que se produjeron hace mucho tiempo— tienden a ser descritas a grandes rasgos: 200.000 refugiados húngaros, 180.000 reasentados en 37 países. A ello se le añade un poco de política con algo de «colorido» para darle vida.

¿Pero quién era esta gente exactamente y dónde está ahora? La historia no se detiene cuando la persona desciende del barco y se convierte en una estadística.

Para conmemorar el 50 aniversario de la Revolución Húngara, la revista REFUGIADOS ha buscado a algunos de los húngaros reasentados por todo el mundo hace medio siglo y les ha preguntado cómo fue su experiencia en aquellos días y, en muchos sentidos lo más importante, qué ha sido de ellos desde entonces.

A pesar de que uno de ellos insistía en que «a los húngaros no nos gusta viajar», los hemos encontrado por todo el planeta.

¿Encontraron la tan manida «solución permanente»? La respuesta (al menos en estos siete casos) fue un rotundo «sí». Los siete, cada uno a su manera, han hecho de sus vidas un éxito:



siendo pioneros en la agricultura ecológica en Canadá o arreglando coches en Colombia, escribiendo novelas en Suiza o dirigiendo periódicos en Austria, trabajando con ordenadores en Wellington o haciendo posible que éstos funcionen en Silicon Valley.

Y quizás lo más sorprendente de sus experiencias al huir de Hungría en 1956 es... que muchas de ellas siguen repitiéndose hoy en día: la gente paga a traficantes para que la saquen de un país, las familias se separan, los documentos de identidad se pierden, los niños oscilan entre el miedo y la excitación por las nuevas experiencias (varios entrevistados dijeron no haber visto nunca un plátano hasta su llegada a Austria), las penurias, la sensación de pérdida y la gran dificultad que supone empezar una nueva vida, con un nuevo idioma, en un nuevo país.



ANDREW GROVE

70 AÑOS – COFUNDADOR DE LA EMPRESA INFORMÁTICA INTEL, SAN FRANCISCO, EE.UU.

ANDREW GROVE, NACIDO BAJO EL NOMBRE DE ANDRÁS GRÓF en Budapest, en 1936, es hijo único de un matrimonio judío que poseía un negocio de productos lácteos.

En 1942, cuando la Segunda Guerra mundial se intensificaba en toda Europa, el padre de Grove fue llamado a filas y enviado al frente ruso. Al año siguiente se le dio por desaparecido. Después de que Alemania invadiera Hungría en 1944, Grove y su madre Maria se ocultaron en el campo, utilizando falsos nombres serbios para sobrevivir.

Tras la guerra y la «liberación» de Hungría por parte de la Unión Soviética, la vida siguió siendo dura. Todavía se discriminaba a los judíos. Además, su padre, que había regresado escualido pero vivo de los campos de trabajos forzados al finalizar la contienda, era sospechoso de ser demasiado burgués, según los comunistas.

El 23 de octubre de 1956, Grove —por aquel entonces un estudiante de Químicas de 20 años— se unió a la manifestación de sus compañeros en apoyo de los polacos. En su autobiografía, «Nadar al otro lado», describe sus sentimientos: «Después de tantos años de sombríos y silenciosos desfiles del primero de mayo, había algo de mágico en una gran manifestación de tipo espontáneo. No dejé de mirar a todos lados, absorbiéndolo todo, sintiendo que estaba en medio de un sueño».

El entusiasmo inicial de Grove se convirtió en aprehensión y más tarde en auténtico miedo cuando el ejército soviético invadió Budapest de nuevo en noviem-



CONTESTA DE ANDREW GROVE

bre. «Era bastante peligroso pertenecer a una especie contra la que se había abierto la veda en Budapest después de la revolución —explica a REFUGIADOS—. Habían pasado cosas horribles en los últimos diez años y la idea de que te llevarán preso en un camión era inquietante».

Cuando por todas partes detenían a la gente en redadas, él y un amigo se dirigieron a la frontera austriaca en tren, eludiendo los controles de la policía y comprando el asesoramiento de un traficante. «Me sentía

aterrorizado mientras atravesaba aquellos campos oscuros para no volver nunca», dice Grove. Logró llegar a la frontera austriaca con dos capas de ropa para protegerse del frío, su cartera de estudiante y el equivalente a unos 20 dólares.

Desde Austria lo trasladaron en tren hasta Alemania, antes de partir hacia Estados Unidos bajo el patrocinio del Comité de Socorro Internacional, una de las grandes ONG norteamericanas que trabajaban en el resqueamiento junto con el ACNUR, la Cruz Roja y el Comité Intergubernamental de Migraciones Europeas: «Era el sitio donde había que ir, el sitio del futuro».

En su autobiografía cuenta cómo fue consciente de lo que verdaderamente había hecho cuando el viejo transporte de tropas en el que viajaba navegó por delante de los famosos acantilados blancos de Dover: «Me di cuenta de pronto de la trascendencia de todo lo que me ocurría: irme de Hungría por primera vez, ver Inglaterra. Cada uno de esos acontecimientos hubiera sido impensable sólo dos semanas antes. Ahora se producían uno detrás del otro. Estaba desbordado».

Tras un agitado viaje por las invernales tormentas del Atlántico, Grove llegó a Nueva York en enero de 1957, y en un principio se le trasladó a un antiguo campo de prisioneros de guerra en Nueva Jersey antes de mudarse a casa de unos parientes.

Pese a las inevitables dificultades, siendo la lengua una de las mayores, Grove se sintió aceptado en su nuevo país desde el principio: «A la gente no le molestaba que fuera húngaro, lo cual era reconfortante».

Aunque nunca ha regresado a Hungría, Grove sigue recordando las cosas que más echaba de menos después de huir: el entorno más inmediato, la ciudad,

su facultad y sus amigos de la ópera, los cafés de las calles, el café húngaro.

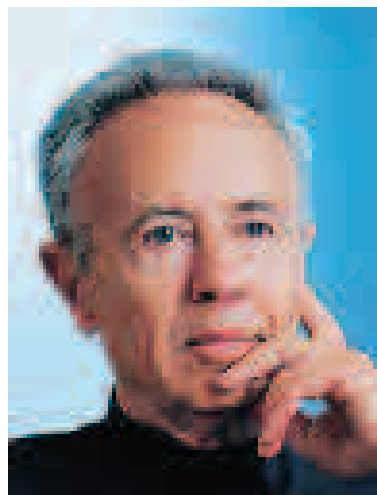
Pero lo peor de todo es que también había dejado a sus padres atrás. Una de sus mayores motivaciones durante sus primeros años en EE.UU. fue encontrar el dinero y los medios para traer a sus padres al país. En 1962, un año antes de doctorarse en Ingeniería Química por la Universidad de California en Berkeley, consiguió sacarlos de Hungría. Su padre obtuvo un trabajo como dependiente y su madre como cajera y envolvente de paquetes en unos grandes almacenes californianos.

Tras Berkeley, Grove empezó a trabajar en *Fairchild Semiconductor*, pioneros del circuito integrado. Más tarde, en 1968, Grove y otros dos antiguos empleados de *Fairchild* crearon su propia empresa, Intel, que posteriormente se convirtió en una de las compañías de mayor éxito e influencia de la era informática. Empezando como director de operaciones, Grove ha sido desde entonces presidente, presidente ejecutivo y presidente del consejo —y, más recientemente, consejero delegado— del gigante de los microprocesadores. Además ha escrito varios libros y se ha convertido en uno de los principales teóricos y profesores de gestión y administración de empresas en Estados Unidos.

«No me volví más listo por cruzar la frontera», dice, pero cree que, de haberse quedado en Hungría, habría sido prácticamente imposible tener el éxito que ha cosechado en Estados Unidos. Como mucho, cree que podría haber sido químico: «Tengo suerte de haber podido escapar y vivir en un país que me ha aceptado y me ha dado la oportunidad de crear una empresa tecnológica de primera clase».

Analizando los 50 años que han pasado desde la revolución húngara, Grove señala a REFUGIADOS que se siente descorazonado por ver que «una generación tras otra pasa por las mismas dificultades». Le resulta deprimente ver las sucesivas oleadas de refugiados y desplazados del mundo como si fueran «las multitudes de húngaros repetidas una y otra vez».

No obstante, la historia de uno de esos húngaros, András Gróf, puede servir de inspiración a los refugiados e inmigrantes de todo el mundo. Es, además, un poderoso antídoto contra la opinión general de que los refugiados son una carga para la sociedad que los acoge.



© INTEL CORPORATION

— Lilli Tnaib

A Grove le resulta DEPRIMENTE ver que el trance de los húngaros se REPITE una y otra vez en las posteriores OLEADAS de refugiados en otros lugares.



COLECCIÓN PRIVADA, K. SZENTIRMAY

KLÁRA SCHÉDA

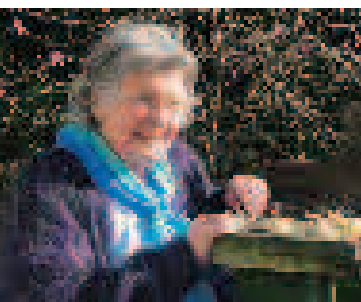
69 AÑOS – TERAPEUTA
JUBILADA, WELLINGTON,
NUEVA ZELANDA

KLÁRA SCHÉDA TENÍA 19 AÑOS CUANDO PASÓ a Austria con su prometido Paul Szentirmay el día de Nochebuena de 1956. Ahora tiene 69 años, vive con su segundo marido en Wellington, Nueva Zelanda, y habla inglés con un fuerte acento húngaro.

Se acuerda perfectamente del día en que su barco arribó finalmente al puerto de Wellington. Era domingo. Llevaba cuatro meses embarazada y habían tenido cinco agitadas semanas de viaje desde Holanda. El Canal de Suez seguía cerrado por la crisis de Oriente Medio, por lo que se habían visto obligados a tomar la ruta, mucho más larga, del Canal de Panamá.

«En Nueva Zelanda no se hacía nada los domingos. Nada de nada». Incluido desembarcar refugiados de un barco. «Así que esperamos en el puerto, simplemente mirando hacia Wellington, durante un día y medio. Era un día precioso. Parecía la foto de una postal. El solo hecho de estar ahí era como estar en una película».

Ése fue el feliz final de la primera fase de Klára como refugiada y el comienzo de otra más difícil en la que



© K. SZENTIRMAY

Fue horrible estar **EMBARAZADA**
y tener mi primer hijo en un hospital
sin saber una palabra de **INGLÉS...**
Pasé mucho **MIEDO**

ella y Paul lucharon por establecerse en una tierra que difícilmente podía estar más lejos de Hungría.

Se habían conocido tres años antes en Vác, una ciudad a unos 35 kilómetros al norte de Budapest. Cuando empezó el levantamiento, Paul Szentirmay tomó parte activa organizando reuniones. «Además había muchas estatuas de Stalin en la zona de Vác, que derribamos y destruimos. Y por eso, cuando el 4 de noviembre aplastaron la revolución, a Paul lo pusieron en la lista negra».

Emprendieron la marcha hacia la frontera justo antes de las Navidades: «Para entonces estaban cerrando las fronteras otra vez. Así que íbamos vestidos como si sólo fuéramos a dar un paseo. Yo llevaba mi pañuelo y mi poema favorito y un bolso. Nada más».

Contrataron los servicios de un contrabandista. «Paul le dio todo el dinero que llevábamos encima —además de su cámara— y gracias a eso nos guió al otro lado de la frontera. Aunque oímos el ruido de los perros y los disparos, conseguimos cruzarla».

En Austria los alojaron en un hostel para estudiantes de Graz, donde a Klára le dijeron que, dado que no estaban casados, tendrían que vivir en lugares distintos.

«Luego yo dije: Paul y yo estamos prometidos, y ellos respondieron: Bueno, nosotros no consideramos válidos los noviazgos. Pero se portaron muy bien, porque se dieron cuenta de que no me estaba tirando un farol. De hecho nos compraron los anillos y nos pagaron una boda en Graz. Incluso nos proporcionaron una luna de miel en un bonito hotel».

Ellos querían ir a Estados Unidos, donde tenían un pariente lejano, pero se interpuso la biología... y la política de reasentamiento de EE.UU. «Yo era joven e ingenua, así que me quedé embarazada cuando estábamos en Graz. Estados Unidos no quería gente que estuviera casada y embarazada. Así que nos quedamos allí hasta abril aproximadamente, porque nadie nos quería. Luego quedaban Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda».

«En Sudáfrica, nos dijeron, Paul tendría que controlar, armado, a la gente de raza negra; pero Paul tendría el arma y los negros trabajarían, y eso no le llamaba mucho la atención. Luego Australia: decían que estaba lleno de serpientes y cosas así. ¡Eso no me llamaba la atención a mí!».

«En Nueva Zelanda, dijeron, la primavera es eterna y la tierra hermosa, nos lo creímos y vinimos aquí. ¿Mintieron en lo del tiempo? «¡Por supuesto! ¡Por supuesto! Puede que en algunos lugares la primavera sea eterna, pero no en Wellington».

De hecho, al poco de llegar allí, empezó a llover. «Llovió durante nueve semanas. No es broma. Lloraba de lo deprimida que estaba. Lo odiaba».

Al principio Paul encontró un trabajo en una fábrica de cerveza. Y

Klára trabajó en una fábrica de botones hasta poco antes de dar a luz a su hija (cuyo nombre es también Klára), «nueve meses y diez días después de casarse en Graz».

«Fue horrible estar embarazada y tener a mi primera hija en un hospital sin saber una palabra de inglés o sin tener a mi madre para agarrarme de la mano. Pasé mucho miedo».

Aunque Klára agradece profundamente a Nueva Zelanda el haberla acogido, el recibimiento inicial por parte de la gente no fue muy prometedor en general: «No les gustaban los extranjeros. La primera frase que aprendí en inglés fue “¡Malditos extranjeros!”; lo juro. Y ni siquiera sabía lo que significaba. Lo tuve que mirar en el diccionario. Nos odiaban totalmente».

La segunda hija de Klára nació en 1959. En parte debido a su situación doméstica, iba muy por detrás de Paul en lo que se refiere a aprender inglés. «Tenía 21 años, dos bebés, no hablaba el idioma. Fue terrible, realmente lo fue». Los primeros años fueron duros, pero poco a poco las cosas empezaron a mejorar en cuanto se mudaron de su hostel a una gran casa con seis habitaciones, donde alquilaban algunas de ellas a pensión completa a otros húngaros: «Lavaba y cocinaba para ellos, planchaba para ellos, limpiaba para ellos. No quiero que me compadezcan, pero no tenía lavadora, con dos niñas pequeñas aún en pañales. ¡Y no había agua caliente!».

Al final aprendió inglés gracias a una mujer rusa que hablaba varios idiomas (pero no húngaro). Siguen siendo grandes amigas. También impulsó su aprendi-

zaje el hecho de que le encantara leer y de que hubiera agotado la reserva local de libros húngaros.

Paul se hizo bibliotecario. Klára trabajó durante siete años para una empresa de investigación de mercados en la que acabó como Directora de Informática (en los tiempos en que poca gente había visto un ordenador). Luego estuvo nueve años en IBM, hasta los cuarenta y tantos, momento en que «decidí que ya tenía bastante de cifras y máquinas». Después de un corto descanso, empezó una nueva carrera como terapeuta para alcohólicos y drogadictos.

Se separó de Paul a finales de los años 70, pero siguieron siendo buenos amigos hasta su muerte. Paul fue el primer cónsul de la era postcomunista y su sucesor fue su hija Klára, quien, como actual cónsul honoraria, está muy metida en el 50 aniversario de la revolución que la llevó a ser concebida en un hostel para estudiantes de Graz. La joven Klára dirige asimismo un periódico bilingüe en húngaro e inglés.

«Yo llevo la sección de cocina del periódico», dice su madre.

Vive en la casa que ella y Paul Szentirmay construyeron después de comprar un terreno (o «sección») con la ayuda del Estado. «Está en la parte vieja de Wellington, tenemos un pequeño riachuelo al final de la parcela. Ah, ¡es un sueño! Llevo viviendo aquí desde 1962 y estoy segura que sólo saldré de ella con los pies por delante. Me encanta vivir aquí, ¡de verdad!».

— Rupert Colville

Página anterior, izquierda: Klára y Paul Szentirmay durante su viaje a Nueva Zelanda. Una pareja holandesa les prestó los trajes de baño.

Página anterior, abajo: Klára da de comer a los pájaros en su jardín de Wellington.



FERENCZ GÁBOR

69 AÑOS

MECÁNICO DE COCHES,
BOGOTÁ, COLOMBIA

FERENCZ GÁBOR TENÍA 21 AÑOS CUANDO llegó a la capital colombiana, Bogotá, en diciembre de 1957, la última parada en una odisea de un año que le llevó desde su Hungría natal hasta

Italia, pasando por Austria. Por aquel entonces no sabía nada del país que se convertiría en su hogar para el resto de su vida.

«Antes de llegar aquí no había oído hablar de Colombia —recuerda hoy en su pequeña casa al sur de Bogotá—. Cuando me preguntaron si quería vivir en Ecuador, Venezuela, Brasil o Colombia, me gustó el sonido de la palabra *Colombia* y pensé que allí haría calor. También dijeron que podía ir a Canadá, pero no me gustó la idea debido al frío. Los inviernos en Hungría eran muy, muy fríos».

El menor de tres hermanos, Ferencz Gábor vivía con su familia en la pequeña ciudad de Győr, no lejos de la frontera austriaca. Cuando comenzó el levantamiento húngaro de octubre de 1956, Gábor, que era miembro del Movimiento Juvenil local, tomó parte en la protesta contra el régimen comunista y se manifestó frente a la sede de la policía secreta en Győr.

A comienzos de noviembre la revolución se había extendido por toda Hungría. Todavía hoy, Gábor recuerda las posteriores escenas de violencia contra los manifestantes como los momentos más terribles por los que ha pasado en su vida.

«Los soldados abrieron fuego. Luego nos persiguieron con palos —dice—. Había sangre por todas partes y muchos heridos, entre ellos niñas y mujeres embarazadas. Ayudé a todos los que pude. Luego vinieron a por

Izquierda: Ferencz Gábor, uno de los manifestantes del levantamiento de 1956, en su casa de Bogotá.

mí. Me escondí con un amigo y me fui de la ciudad a las tres de la mañana porque sabía que me estaban buscando».

Al principio Gábor se refugió en un pequeño pueblo en el lado austriaco de la frontera, viviendo con otros húngaros en un campamento improvisado. Unas semanas más tarde se trasladó a Viena antes de poner rumbo al sur, hacia Italia, donde pasó un año en Roma. Tiene buenos recuerdos del tiempo que estuvo en Italia, el mejor de los cuales es el día en que a él y a otros húngaros les recibió el papa Pío XII.

«Nos dio su bendición y las gracias por ser tan valientes», recuerda.

«Éramos diez familias y otros dos hombres solteros —señala—. El autobús nos dejó en la esquina de la Calle 8ª con la 9ª. Me sorprendió que Bogotá no fuera tan calurosa como había imaginado. Sin embargo, no era tan fría como Hungría. Lo primero que hice fue ponerme a buscar trabajo. No era fácil porque no hablaba español, pero sí italiano, más o menos. Ellos entendían lo que yo decía, pero yo no les comprendía a ellos».

Con su formación como mecánico encontró trabajo en talleres y fábricas, e incluso intentó montar su propio taller de reparación de automóviles durante un tiempo. La vida en Colombia no siempre

ha sido fácil, asegura, y muchas veces el dinero no ha dado más que para una comida al día. Hace dos años, el ACNUR —que sigue proporcionando ayuda a algunos de los húngaros de la tercera edad que viven en Colombia— le dio a la mujer de Gábor una máquina de coser con la que ahora fabrica y vende ropa.

Pero lo peor de su vida en el exilio no han sido los apuros económicos. Cincuenta años después, la angustia emocional por haber cortado los lazos con su país y su familia sigue pesando en su vida.

«Mi madre casi se muere de la pena cuando me fui —afirma Gábor—. Yo era su hijo pequeño. Murió diez años después de llegar yo a Colombia y mis hermanos me culparon por ello: decían que le había roto el corazón. ¿Pero qué podía hacer? No podía

volver. Uno de mis compañeros regresó varios años después de la revolución y lo mataron. Unos años después murió mi padre, y luego en 1982 murió mi hermano mayor en una cárcel comunista».

Ferencz Gábor no ha regresado a Hungría desde que se fue hace medio siglo y no ha visto a su familia desde entonces. Casado con una mujer colombiana, Rosalba Silva, tiene una hija que vive en Cali y dos nietos que son actualmente el centro de su vida.

«Extraño muchísimo mi país —dice—. Volver allí? Quizás de visita. Me gustaría hacer eso algún día. ¿Pero vivir allí? No. Soy un hombre mayor ya, casi setenta años. Aquí me recibieron bien, gracias a Dios, y éste es mi hogar».

— Gustavo Valdivieso
y Marie-Hélène Verney

Refugiados reasentados en Nueva Zelanda escuchan a un compatriota húngaro tocando el violín en un club de Wellington, a finales de los años 50.



COLECCIÓN PRIVADA, K. SZENTIRNAY

En total, diez países del continente latinoamericano recibieron refugiados húngaros, desde Brasil y Argentina —más de un millar cada uno— hasta Ecuador, donde no fue más que una persona.

Gábor recuerda que le ofrecieron una plaza en Australia y Canadá, pero en vez de eso se convirtió en uno de los 220 húngaros que acabaron en Colombia, donde llegó en diciembre de 1957. Todavía se acuerda de su primer día en Bogotá.

Mi madre murió diez años después de llegar yo a COLOMBIA y mis hermanos me CULPARON por ello: decían que le había ROTO EL CORAZÓN.



AGOTA KRISTOF

71 AÑOS
NOVELISTA,
NEUCHÂTEL, SUIZA

AGOTA KRISTOF TENÍA 21 AÑOS CUANDO EMPEZÓ el levantamiento húngaro. Vivía en Készeg, una pequeña ciudad junto a la frontera austriaca. Su marido, que era profesor de Historia, fue a Budapest a participar en las manifestaciones. Ella no tuvo más remedio que quedarse en casa cuidando de su hija de cuatro meses.

«Fue algo muy violento, especialmente contra los soviéticos. Coreábamos ¡Volveos a vuestro país!», recuerda Kristof. Con el regreso del ejército soviético a Hungría la situación se deterioró: «Había tanques en cada esquina... nadie se atrevía a salir».

A su marido lo llamaron de la sede del partido comunista, junto a dos de sus compañeros, y le ordenaron que pusiera calma entre la gente. Se negaron a hacerlo y los arrestaron. Sin embargo, dado que las cárceles estaban a rebosar, los pusieron en libertad muy pronto.

Uno de los compañeros de su marido se suicidó posteriormente arrojándose a las vías de un tren. Al otro lo sentenciaron a dos años en la cárcel. A finales de noviembre su marido decidió que tenían que irse del país.

Su guía —un hombre llamado József— era un amigo de la infancia. Le dieron todos sus ahorros, tal y como hicieron las otras diez personas del grupo. «La gente que estaba a punto de irse de Hungría le daba todo el dinero que tenía, ya que en Austria carecía de valor», explica Kristof.

Después de caminar por un bosque durante dos horas, llegaron a Austria. Kristof cree que las autoridades estaban «satisfechas de que nos fuéramos. Para ellos éra-

mos la escoria de la sociedad. A los policías soviéticos les daba igual; el guía los conocía bastante bien y los emborrachó».

Los encontró un policía de aduanas austriaco y los llevó a un pequeño pueblo que estaba lleno de refugiados húngaros. Luego los transportaron por autobús hasta Viena, donde los alojaron en barracones militares y donde dormían en «colchones de paja en el suelo... unas 20 personas en una sola habitación».

Era la primera vez que viajaban al extranjero y se encontraban en la más absoluta indigencia, pues no habían podido llevar consigo ninguna de sus pertenencias aparte de pañales para el bebé y algunos diccionarios. Dependían completamente de la ayuda externa. Como todos los demás, no podían permanecer en Austria, por lo que su marido empezó a buscar desesperadamente un nuevo país de acogida.

El 8 de diciembre de 1956 llegaron a Suiza junto con otros refugiados húngaros a bordo de un tren especial. Al principio los alojaron en otros barracones de tipo militar, pero poco a poco empezaron a llevar una vida normal.

Los que querían estudiar eran enviados en un principio a Zurich, y desde allí destinados a otras ciudades suizas. Agota Kristof empezó su nueva existencia en Neuchâtel, junto a la frontera con Francia. Pero, por segunda vez en su vida, había perdido la oportunidad de continuar sus estudios.

La primera vez fueron los tanques soviéticos y el miedo de su marido a acabar en la cárcel los que impidieron que se matriculara de Literatura en la Universidad de Budapest. La segunda vez su marido volvió a interponerse. «No pude ir a la universidad por él», asegura. Él hablaba francés y alemán y llevaba todos los asuntos oficiales de la familia. Era mucho mayor que ella y estaba más disponible, puesto que ella tenía que cuidar de su bebé. Su exilio estaba acentuando el desequilibrio natural de su relación.

Él se matriculó en Biología mientras que ella aceptó un trabajo en una fábrica de relojes para alimentar a la familia. Pese a ser un trabajo duro, sonríe cuando se acuerda de sus antiguos compañeros: «Eran muy, pero que muy hospitalarios. Tenía muchas amigas».

Kristof, que ya sabía algo de francés, obtuvo una beca de la ciudad de Neuchâtel para estudiar unos cursos de idioma. En la fábrica volvió a escribir, tomando notas que luego pasaba a limpio en su casa por las noches.

Se divorció de su primer marido y en 1963 se casó con un fotógrafo suizo, con el que tuvo otros dos hijos. Aunque disfrutaba cuidando de su familia, su nueva vida en el campo no le aportó felicidad. No disponía de medios de transporte y como resultado de ello se sentía tremendamente aislada. Eso implicaba también la falta de oportunidades de labrarse un futuro.

Empezó a escribir cada vez más: «Antes ya escribía bastante, pero entonces empecé a escribir por las noches, cuando los niños estaban dormidos... al principio en húngaro, luego, poco a poco, en francés».

Izquierda: Agota Kristof en Készeg, Hungría, a finales de los 40.

Abajo: Cuando tenía más de cincuenta años, Kristof se convirtió en una famosa novelista.



Incluso lo que escribía
en HÚNGARO era
bastante OSCURO. Cruzar
la frontera simplemente
EMPEORO las cosas

En 1968 regresó por primera vez a Hungría. La situación era tensa debido a la reciente invasión soviética de Checoslovaquia. «Estaba contenta por poder ver a mi familia... pero ya no tenía deseos de quedarme», comenta. Una experiencia en concreto le dejó impresionada: «No pude reconocer a mi hermano pequeño».

Se divorció también de su segundo marido, pero su carrera artística empezaba a despegar. Escribía obras de teatro y radio. Todavía más importante, escribía novelas, entre otras una trilogía —*El gran cuaderno*, *La prueba* y *La tercera mentira*— que se publicó entre 1986 y 1991 con gran éxito internacional.

Su exilio ha modelado su carrera literaria en varios sentidos. Primero, complicó su aparición: «Perdí unos 15 años de escritura», dice. Y el distanciamiento de su tierra natal influyó profundamente también en los temas y en el estilo de su obra.

La oscuridad de su prosa, las escenas de violencia y crueldad que describe en alguno de sus textos, están «en gran medida, inspirados en hechos reales». Pero también son, admite, parte de su carácter y no simples productos de su experiencia: «Incluso lo que escribía en húngaro era bastante oscuro... era algo que estaba en mí desde antes. Cruzar la frontera simplemente empeoró las cosas».

Los primeros años los suicidios eran muy comunes entre los refugiados húngaros. Tras la excitación del levantamiento, los exilados tenían que enfrentarse al fracaso de sus sueños y a la monotonía de la vida diaria: «Había una auténtica y profunda sensación de soledad. Y el idioma, y los trabajos que nos ofrecían... era muy duro», explica Kristof. Resume esos sentimientos en una frase típica de su prosa, con un estilo simple y directo: «Para eso no merecía la pena... Siempre me arrepentiré de haberlo hecho. Hubiera preferido quedarme».

Pese a su éxito y a los premios obtenidos —incluido el *Premio al Libro Europeo* de 1987—, Agota Kristof sigue sintiéndose por la forma en que se ha desarrollado su carrera: «Llegó demasiado tarde... Tenía 50 años cuando publiqué mi primer libro en francés». Habían transcurrido más de tres décadas desde que empezó a escribir en Hungría, a la edad de 13 años. Todo tardó demasiado.

— Cécile Pouilly



FRANK ANDRASI

**58 AÑOS – AGRICULTOR Y
EMPRESARIO ECOLÓGICO,
QUEBEC, CANADÁ**

FRANK ANDRASI DEJÓ SU HOGAR EN BAJA —una pequeña ciudad a unos 35 kilómetros de la frontera húngara con Yugoslavia— justo después de las Navidades de 1956. No tenía más que ocho años.

Aunque ninguno de sus padres era activista político, había razones para temer represalias, así como

saqueos puntuales por parte de las tropas invasoras. «Mi madre era una agitadora nata. Oí decir que amenazó con cortarse las venas si le hacían llevar la bandera roja el primero de mayo. Siempre hubo algún tío o primo que echaba pestes del régimen cuando yo era niño, y todos habían desaparecido».

Andrasi recuerda perfectamente la noche en que cruzaron la frontera. «Me levantaron en mitad de la noche. Nos llevaron en un tractor, sentados en la parte de atrás con nuestros dos maletones, hasta un lugar perdido. Mi padre tenía la cara blanca como la pared. Me dijeron que me callase. Había salido la luna y los campos estaban nevados. Más tarde me enteré de que habíamos atravesado un campo minado entre Hungría y Yugoslavia».

Su padre había pertenecido al regimiento militar que había puesto las minas tres años atrás: «Le resultaba difícil orientarse en la nieve, con árboles que antes estaban allí pero que ahora habían desaparecido. Posteriormente me di cuenta de que cruzar el campo de minas con su familia fue un acontecimiento muy traumático para él».

La familia pasó un año en Yugoslavia, trasladados por las autoridades de sitio en sitio en trenes, a veces incluso en camiones para ganado.

Nunca supieron muy bien por qué los trasladaban o adónde los llevarían la siguiente vez.

«A veces los lugares en los que vivimos —visto retrospectivamente— eran bonitos, como castillos de caza en un país de hadas —recuerda—. Por supuesto, sin agua corriente ni calefacción. En ocasiones nos alojaban en barracones de tipo militar o en edificios poco sólidos y sin calefacción, a orillas de hermosísimos lagos donde podías hacer que una piedra rebotase

durante medio kilómetro. De niño lo pasé estupendamente».

Sus padres, en cambio, no.

«El tema de la comida era complicadísimo. Me doy cuenta de que mi madre, a pesar de que estaba embarazada, y mi padre compartían la suya conmigo porque yo siempre estaba hambriento. Lo pasaron fatal. El hueco entre el suelo y la puerta de estas preciosas casitas de campo era lo bastante grande como para dejar pasar a un gato, por lo que los vientos que bajaban de la montaña nos hacían sufrir mucho. Recuerdo a unos guardas disparando contra un lobo que se había colado por los pasillos de uno de los edificios».

Su madre sufrió una crisis nerviosa en la época en que nació su hermana pequeña, en noviembre de 1957. «Estábamos seguros de que iba a nacer en Australia, porque ésa era la palabra que mis padres no paraban de repetir: "Australia, Australia". Sin embargo, nació en algún sitio —ni él ni ella saben exactamente dónde— a orillas del Danubio, el gran río que atraviesa Europa y que también pasaba cerca de la casa de Andrasi en Baja».

Por lo que Andrasi recuerda, ellos sólo trataban con las autoridades yugoslavas, nunca con las agencias humanitarias. «Nuestra mayor frustración era que nunca podíamos hablar con el personal de las Naciones Unidas que se ocupaba de los refugiados». Cuando por fin pudieron discutir su país de reasentamiento, «el cupo para Australia estaba totalmente cerrado, por lo que Canadá se convirtió en su nuevo destino».

En diciembre de 1957, casi un año después de llegar a Yugoslavia, viajaron en tren a Italia. «donde esperamos a que finalizasen los papeleos antes de marcharnos en un barco de vapor». Pese a las dificultades, Andrasi, con nueve años, se lo estaba pasando como nunca.

Las cosas mejoraron todavía más cuando subieron a bordo del crucero *Vulcania*: «¡Ah, la comida! El comedor: nunca había visto algo tan lujoso en mi vida. Podía pedir helado o cualquier otra cosa. ¡Estaba encantado! Por supuesto mis padres estaban mareados, vomitando por todas partes. Diez días de invierno en el Atlántico Norte... Estoy seguro de que hay épocas me-

Izquierda: Frank Andrasi, con siete años y medio, el día de su primera comunión.

Abajo: Con su mujer Maria en Quebec.



CORTESÍA DE F. ANDRASI

*Había salido la LUNA
y los campos estaban NEVADOS.
Más tarde descubrí que
habíamos atravesado un
CAMPO MINADO.*

jores para hacer ese viaje, pero yo estaba totalmente fascinado».

La mayor parte de los pasajeros del *Vulcania* eran emigrantes italianos. «Mi esposa, a la que conocí casi diez años después, había viajado, de hecho, en ese mismo barco, sólo que unos seis meses antes. Era una emigrante italiana».

Tras desembarcar en Halifax vivieron brevemente con una familia antes de mudarse a un pueblo aislado, junto a una gran fundición de acero. Más tarde volvieron a mudarse a Montreal, en la provincia de Quebec, en busca de trabajo para el padre de Frank. La familia sobrevivía a duras penas: «Uno de mis recuerdos es el de mi padre yendo a pie a trabajar durante un mes para poderme comprar una cartera escolar roja que me encantaba. Se ahorrraba el dinero del autobús y andaba tres millas de ida y tres de vuelta. Eso me llegó al alma».

Con sólo 19 años Andrasi se casó con Maria di Genova, de 18. «Me licencié en Psicología, trabajé en Montreal como asistente social y luego me volví loco, compré una finca junto a mi mujer y unos amigos y fuimos pioneros en el cultivo de productos ecológicos».

Al principio de mudarse a la finca de Acton Vale, a 100 kilómetros al este de Montreal, los vecinos miraban con recelo al joven refugiado urbano de Hungría y a su esposa, emigrante italiana, que practicaban una extraña agricultura ecológica que en aquellos tiempos seguía asociándose básicamente a *hippies* y vegetarianos radicales: «Los vecinos se estuvieron preguntando qué pasaba durante mucho tiempo, hasta que empezaron a ver furgonetas que venían y cargaban en la finca». Y

luego, cuando me compré un coche mejor que el suyo, empezaron a pensar: «Ah, quizás los productos ecológicos no están tan mal».

Desde entonces la agricultura ecológica ha evolucionado mucho. En cierta forma, Andrasi y los demás pioneros —entre ellos su socio, otro refugiado húngaro cuyo nombre es John Herr— iban sentando las bases a medida que avanzaban. «La primera certificación ecológica nació en mi salón. Nos sentamos a hacerla unas doce personas. Estábamos definiendo y estableciendo los criterios para la siguiente generación».

Además de pasar muchos años trabajando en temas de certificación ecológica, Andrasi se ha diversificado lanzándose a otros campos: creó una de las primeras empresas de distribución de carne ecológica de Canadá. Parte de la finca se dedica ahora al cultivo de hierbas medicinales, y recientemente hubo un breve devaneo con «carne de ave ecológica de tipo *kosher*».

Andrasi cree que el gran cambio de mentalidad que él y su mujer han sufrido al irse de su país y quedar inmersos en una nueva cultura y una nueva lengua «nos ha vuelto quizás más sofisticados: tuvimos que esforzarnos más que los habitantes locales para integrarnos».

«Lo irónico es que normalmente contratamos a gente de la última oleada de inmigrantes, en su mayor parte del Centro y el Sur de América... y cuando les digo que *¡Yo también soy un inmigrante!* dicen *¡Noooo!*, y yo les respondo: *Mira a tus hijos. En diez, veinte años, tendrán fincas como ésta y contratarán a inmigrantes...* ¡y aún así no me creen!».

— Rupert Colville



**PETER
MARTOS**

**58 AÑOS
DIRECTOR DE PERIÓDICO,
VIENA, AUSTRIA**

DE HECHO, NOSOTROS QUERÍAMOS QUEDARNOS en Hungría, hasta que mi padre descubrió de algún modo que a mi hermano lo iban a detener casi con toda seguridad. Así que decidimos huir junto con un vecino que conocía la frontera bastante bien. Nos pusimos en marcha el 30 de diciembre de 1956. Fuimos en coche hasta un pueblo fronterizo con Austria y cruzamos la frontera a pie el día de Nochevieja, después de oscurecer.

Desgraciadamente nos perdimos y anduvimos durante horas en la nieve y el frío. Luego vimos focos y oímos ladridos de perros: todas las aventuras que un niño podría desear. A mi todo me parecía muy divertido, a mis padres posiblemente no tanto.

Pisé un cable que disparó una alarma en alguna garita lejana. Afortunadamente no nos pillaron. Finalmente, como estábamos perdidos, nos tumbamos junto a un silo y nos quedamos dormidos. Justo a punto de amanecer, alguien nos enfocó con una linterna en los ojos y nos deslumbró. Por suerte era un miembro de la patrulla fronteriza austriaca: según parece, habíamos cruzado ya a Austria.

En aquella época ser un refugiado significaba ser bienvenido en Austria, sin ningún tipo de reservas.

Cuando llegaba alguien le daban algo caliente de comer, luego lo llevaban ante las autoridades y a la escuela del pueblo. Lo alimentaban, tomaban nota de sus datos personales y lo transportaban a uno de los campos de refugiados, al que tuviera plazas disponibles.

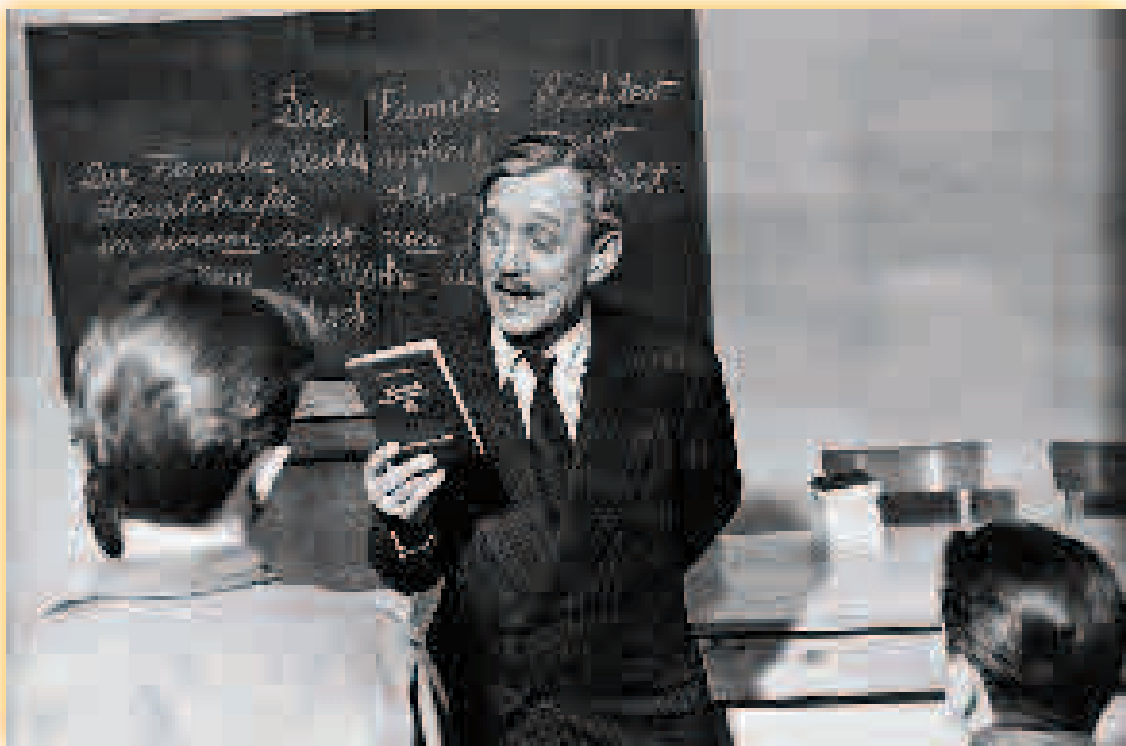
Después de un tiempo, una vez acabados los formalismos oficiales, te daban un pasaporte azul, el Pasaporte Nansen, según lo prescrito en la Convención de Refugiados de la ONU, y ya eras refugiado oficialmente. En algunos casos no tardaba más de tres o cuatro días. En otros, tal vez unas semanas.

Entre los cuatro, además del vecino —es decir, entre los cinco—, sólo teníamos dos maletas y una mochila grande. Eso fue todo lo que conseguimos traernos.

Los mayores pudieron hacer algún trabajo durante la etapa final en el campo de refugiados. Recibíamos ayuda, entre otras cosas un apartamento

tranquilizarse. En 1963 aprobaron una amnistía para aquellos cuyo único crimen hubiera sido huir, y para aquellos —de acuerdo con el criterio del estado húngaro— que no hubieran hecho nada malo.

Desde el punto de vista emocional el tema era muy distinto. Me había creído que, de volver, vería todo con una cierta dosis de ira. Sin embargo me puse muy nostálgico y lloré tres o cuatro veces. Fui a la casa donde habíamos vivido y descubrí que todo había avanzado al menos tres generaciones. En 1956 Hungría era un país estalinista, con un buen desarrollo en industria pesada, pero por lo demás muy atrasado. Austria era un paraíso en comparación. Y ahora, en 1971, Austria estaba desde luego más desarrollada, pero, con todo, los cambios que se habían producido en Hungría superaban mis expectativas.



Aprender la lengua

—como estos jóvenes húngaros en Austria en 1958—es clave para que los refugiados se integren rápidamente y con éxito en su país de asilo.

a través del esfuerzo conjunto de una organización de ayuda norteamericana y de Caritas Austria. También nos dieron una ayuda económica al principio —una pequeña cantidad— y después de eso tenías que ponerte a trabajar, simplemente.

Poco después de las siguientes Navidades, a principios de enero de 1958, dijeron: *Debería ir a la escuela, así aprenderá más rápidamente.*

No me dieron las notas al final del primer semestre. Pero al final del año me las dieron como a todos, con la excepción de alemán, que estaba en blanco. Eso fue en tercero. En cuarto ya era como cualquier otro alumno. Para entonces hablaba alemán bastante bien.

Durante los primeros años apenas tuvimos contacto con nuestro país. Poco a poco, a principios de los 60, todo empezó a

La mayoría de los austriacos nos dieron la bienvenida abierta y amistosamente. Cuantas más personas de otras nacionalidades venían a Viena, más tenía la impresión de que los húngaros habíamos recibido un trato preferente. Nos recibieron con especial simpatía. Como húngaro

En aquella época ser un REFUGIADO significaba ser BIENVENIDO en Austria, sin ningún tipo de RESERVAS.

me trataron muy bien en Austria. Algo que no siempre puede decirse de la gente que viene de otros lugares.

Por tanto, si hubiese un tratado teórico de por qué a veces la gente acepta a los extranjeros y otras veces no... Creo que si a ti te va mal, estás más dispuesto a aceptar a un extranjero que si crees que tienes mucho que perder. Dicho de otro modo, la prosperidad hace de freno para la política de asilo.

No sé cómo describirme. Podrían servir diversas etiquetas. Soy una persona que nació siendo húngara

y se convirtió en austriaca. Soy un vienés húngaro. Pero no soy un húngaro que vive en Viena. Y tampoco soy un antiguo húngaro que ahora es austriaco.

Soy ambos. Por tanto, no es que haya sido asimilado, sino que me he integrado.

— Entrevistado por Roland Schoenbauer

PETER MARTOS es actualmente director del periódico austriaco Die Presse.



PETER FRANKL

53 AÑOS
MATEMÁTICO Y MALABARISTA,
TOKIO, JAPÓN

PETER FRANKL TENÍA TRES AÑOS CUANDO se produjo el levantamiento húngaro y fue uno de los que no se marcharon inmediatamente. De hecho, no se hizo refugiado hasta pasados otros 23 años.

«Mi padre y mi madre estuvieron pensando si irse o no —dice—, pero al final no tuvieron el valor para hacerlo; además tenían dos hijos pequeños. Mi tío sí se marchó en 1956 con su familia y acabó en Inglaterra de dentista. Su hijo tenía 18 años y participó en la revolución, por lo que existía cierto peligro de que lo persiguieran».

Como judíos en Hungría, la familia de Frankl ya había padecido grandes sufrimientos antes de 1956: «Mi madre fue una de las pocas supervivientes de Auschwitz. Sus padres y su hermana murieron allí».

El padre de Frankl era director de un importante hospital. Sin embargo, aproximadamente cuando nació Frankl, lo destituyeron, obligándole a pasar varios meses en el ejército por, según dijeron, haber insultado a uno de los líderes del partido comunista. Más tarde lo rehabilitaron, pero en un puesto inferior, como jefe del departamento de dermatología.

Con seis años, Frankl empezó a aprender alemán además de húngaro, comenzando así una fascinación de por vida —y una facilidad— con los idiomas. En la escuela el ruso era obligatorio, y con poco más de 25 años hablaba húngaro, alemán, francés, inglés, ruso «y, bastante bien, sueco y polaco».

Lo del sueco ocurrió más o menos por casualidad: «Tenía unos 17 años. En Hungría se tenía la impresión de que Suecia era de alguna forma el país más libre del mundo, y luego estaban todas esas bonitas suecas rubias. Fue casi como un chiste. Estaba hablando con un amigo, le dije que quería aprender español y me dijo: ¿por qué no aprendes sueco?».

Pero los idiomas no eran más que un pasatiempo. El campo de trabajo de Frankl eran las matemáticas y, en 1975, con 22 años, le dieron una beca para ir a París, donde pasó siete meses. La experiencia amplió sus horizontes por un lado, y por otro lo dejó con la sensación de estar atrapado. Para ir a cualquier otro sitio que no fuera Francia —al Reino Unido a ver a su tío exiliado o a visitar Italia de camino a Hungría— necesitaba una carta de la embajada húngara, que se negaron a darle.

Estando en París, varios matemáticos impresionados con su trabajo le ofrecieron ayuda para quedarse, pero temía que, si no regresaba a Hungría, su padre perdería el trabajo de nuevo.

Tres años más tarde, con su padre ya jubilado, le llegó otra oportunidad cuando le permitieron salir de Hungría para asistir a una conferencia en Montreal. Con la ayuda de algunos amigos de su época de París viajó a Francia, donde le encontraron un puesto en el *Centre National de la Recherche Scientifique* (CNRS).

Tras llegar a Francia con un visado turístico en 1979, Frankl acudió a una comisaría y solicitó asilo. Desde allí lo remitieron a la oficina del ACNUR en París. Después de pasar tres meses en un limbo legal —«los tres meses más difíciles de mi vida»—, le concedieron el estatuto de refugiado. A pesar de estar investigando para una de las más prestigiosas instituciones gubernamentales, hasta no ser reconocido como refugiado no pudo conseguir un permiso de trabajo o recibir su salario.

Una vez reconocido como tal, la vida de Frankl cambió de manera espectacular para bien: «Lo mejor es que era libre. Podía ir donde quisiera. Lo único que le importaba [al CNRS] era que realizase mis investigaciones y las publicase».

Frankl empezó a aceptar invitaciones para viajar a universidades e instituciones de todo el mundo. Inglaterra, Alemania, Canadá, Estocolmo —donde pudo practicar su sueco— y Estados Unidos. Con su pasaporte de refugiado, viajar a Europa occidental o a Norteamérica era un asunto relativamente sencillo. Pero, para cualquier otro lugar, conseguir los visados era bastante más problemático: «Para la India tuve que esperar tres meses. Para Japón, cada vez que venía necesitaba una carta de invitación especial». Hasta que adquirió la ciudadanía francesa, siete años más tarde, no resolvió completamente el problema de los visados.

Siguió aprendiendo nuevos idiomas. Una estancia de tres meses en la Universidad de Tokio en 1982 puso las semillas para otro trascendental cambio en la peripatética vida de Frankl. Se fue a Japón. «Me gustaba este país porque había decidido que aquí la gente era más simpática conmigo. En aquella época había muy pocos occidentales en Japón, por lo que era una especie de curiosidad».

Finalmente se estableció allí en 1988. En 1992 —cuando ya hablaba bien japonés—, Frankl publicó la historia de su vida. *Notas de un matemático errante* vendió cerca de 50.000 copias. A raíz de su publicación, Frankl apareció en numerosos programas de televisión y se convirtió en una celebridad.

Otro importante elemento de la insólita reputación que se estaba forjando en Japón era una destreza que había desarrollado siendo joven en Hungría: los juegos malabares.

Empezó a practicar malabarismos en las calles, haciendo campaña también a favor de otros artistas callejeros. Incluso integró los malabares en sus clases diarias de la universidad: «Si veo que la gente está un poco cansada, simplemente saco algunos



CORTESÍA DE P. FRANKL

objetos y hago malabarismos durante unos cinco minutos».

Sus capacidades matemáticas, lingüísticas y malabáricas acabaron uniéndose en forma de un programa educativo de televisión llamado «Matemática», que Frankl presentó entre 1998 y 2004.

«Era para niños en edad escolar, por lo que incorporamos un poco de malabarismos y cosas divertidas en el programa. Las matemáticas no son muy visuales, pero de alguna forma conseguimos popularizarlas».

Desde que acabó el programa no ha estado cruzado de brazos: «Doy conferencias por todo el país, sobre todo tipo de temas: cómo estudiar matemáticas, cómo estudiar idiomas, sobre derechos humanos...».

Frankl ha añadido el español, el chino y el coreano a su colección de idiomas. Once lenguas en total. Y ha escrito 25 libros.

Peter Frankl, refugiado húngaro y emigrante francés en Japón, sigue siendo una persona inquieta: «Todavía viajo un montón: hace poco fui a Gabón, Myanmar, Camboya, Laos...».

— Rupert Colville

*Peter Frankl,
refugiado HÚNGARO
y EMIGRANTE
francés en Japón,
sigue siendo una persona inquieta.*

Resolver la crisis

POR ANGELINA JOLIE

HACE APENAS MEDIO SIGLO —un parpadeo en la historia de la humanidad—, había por lo menos 40 millones de refugiados y desplazados en Europa: el producto de la Alemania de Hitler, la España de Franco, la Italia de Mussolini y, posteriormente, del régimen de los coroneles en Grecia y del yugo soviético sobre Europa central, incluida Hungría.

Todos estos países son actualmente estados miembros de la Unión Europea y resultaría casi impensable que generasen refugiados hoy en día. Tan impensable que sus ciudadanos se permiten el lujo de olvidar lo que significa estar gobernado por un régimen tiránico o que te torturen por tus convicciones políticas.

En Estados Unidos tuvo que ser asesinado Martin Luther King para que la igualdad racial empezara siquiera a convertirse en una realidad.

A principios de este año, la revista REFUGIADOS (nº 130) traía una fotografía que parece resumir en muchos sentidos esta amnesia de mil años de guerras, tiranías y represión. Muestra a una pareja, en bikini y bañador, sentada felizmente sobre sus toallas bajo una sombrilla en la playa. Sólo se ve a otra persona. Es negra y está muerta: un inmigrante o un refugiado, tirado sobre la arena tras haber sido arrastrado por la marea. Nunca sabremos quién era o cómo acabó ahí y, por lo visto, a la pareja de la playa no le importa lo más mínimo.

Es una foto bastante triste. Triste por el anonimato del hombre cuyo cuerpo arrojaron las aguas, como a tantos otros, sobre una costa del Mediterráneo hace unos años. Triste por la pareja, sentada bajo la sombrilla con su tartera y su crema solar, que no puede ver la dura realidad situada a pocos metros de esa misma playa. El hijo de alguien, el hermano de alguien, el ser querido de alguien. Tú o yo, de hecho, de haber nacido en otro momento o en otro lugar.



Angelina Jolie viaja con un grupo de refugiados congoleños recién llegados a Tanzania.

LOS MEDIOS PARA ACTUAR

LA AGENCIA PARA LOS REFUGIADOS de la ONU, el ACNUR, al que sirvo como embajadora de Buena Voluntad, tiene un presupuesto anual de unos 1.200 millones de dólares. Parece un montón de dinero, pero hay decenas de empresas cuyos beneficios suman muchas veces esa cantidad cada año. Para el ACNUR es una lucha constante conseguir sus 1.200

millones de dólares, que dedica a ayudar y proteger a unos 20 millones de personas.

A medida que avanza el año, el ACNUR se ve invariablemente obligado a recortar más y más proyectos que afectan a la gente más desfavorecida del mundo. Intenta no hacerlo con los proyectos para los más vulnerables, los relacionados con las mujeres refugiadas, la

mundial de refugiados



educación y el VIH/SIDA. Pero incluso éstos se ven afectados, a veces directamente y casi siempre indirectamente: insuficiente personal, insuficiente educación secundaria e incluso insuficiente comida en algunos campos de refugiados, especialmente en África. Es un escándalo, de verdad, en un mundo tan rico, que ni siquiera encontremos la forma de dar suficiente comida a estas familias.

Luego nos escandalizamos porque tienen el descaro de entrar en nuestro territorio, de viajar en busca de un futuro. Durante ese proceso se mezclan con los inmigrantes económicos, que también se encuentran de viaje. Caen en manos de los traficantes, que los meten en barcos atados o los esconden en el interior de contenedores, o les dicen que crucen campos minados o escalen verjas con alambradas

de púas en mitad de la noche. Muchos de ellos mueren y son enterrados anónimamente, como el hombre de la playa mediterránea.

Se han constatado más de 7000 muertos en el intento de entrar a Europa durante la última década, más o menos, y probablemente la cifra se quede bastante corta comparada con el total real. Muchos han muerto también intentando alcanzar Estados Unidos y Austra-

«Es un escándalo que, en un mundo tan rico, ni siquiera encontremos la forma de dar suficiente comida a las familias de refugiados».

lia. Pero no nos damos cuenta. Simplemente nos subleva su desfachatez. ¿Cómo se atreven a comer de nuestra mesa? ¿Cómo se atreven a venir y construir nuestras carreteras, a limpiar nuestros hospitales y edificios de oficinas, a lavar los platos de nuestros restaurantes y a hacer las camas de nuestros hoteles?

El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, António Guterres, lo resumió muy bien hace poco. Dijo que el estatuto especial de los refugiados —la gente que huye de la persecución o de la guerra— peligraba en la actualidad por la polémica de si queremos o no a los inmigrantes económicos.

CÓMO ESTAMOS FRACASANDO

AQUELLOS QUE TODAVÍA ESTAMOS dispuestos a ayudar a los refugiados, y a los que nos horroriza ver cómo los convierten en blanco de todos los odios a fin de ganar elecciones o de vender periódicos,

«Tanto a nivel **individual** como **colectivo** tenemos, de hecho, la capacidad y los medios para marcar la **diferencia**.»

estamos fracasando. No queremos un movimiento descontrolado de gente cruzando nuestras fronteras, pero no estamos dispuestos a invertir económica o políticamente, o incluso emocionalmente, en la búsqueda de soluciones para las regiones de donde proceden. Podremos poner tiritas sobre las heridas más visibles, pues tienen un aspecto horrible, pero no pagaremos la cura completa y

tampoco invertiremos demasiados esfuerzos en la prevención.

Por supuesto, la solución no es fácil. Sin embargo, el hecho de que Europa haya pasado de ser el puntal de las dos guerras más destructivas que el planeta ha visto jamás a un club de 25 miembros —los cuales no pueden ni concebir la idea de hacerse la guerra entre sí— debería proporcionarnos algunos pistas sobre el tipo de soluciones que podrían aliviar el problema mundial de los refugiados y la migración.

MÁS PLANES MARSHALL, POR FAVOR

LOS REFUGIADOS SON EL SÍN toma visible de nuestra incapacidad de producir más Planes Marshall, aunque son relativamente sencillos. Lo que se necesita es invertir más recursos en

las regiones a las que los refugiados se trasladan inicialmente, de modo que no sientan que tienen que seguir su viaje a menos que realmente lo deseen, y más recursos en los países donde se ha instaurado la paz. Los primeros años son de una fragilidad increíble y los refugiados que regresan necesitan ayuda para volver a levantarse. No necesitan mucho, lo suficiente como para poder ayudarse a sí mismos.

Las agencias como el ACNUR no deberían verse apuradas para arañar varios cientos de millones de dólares con los que ayudar a reconstruir países destrozados, como Angola, Sierra Leona, Liberia y el sur de Sudán. La reconstrucción rápida y eficaz de un país devastado por la guerra ayuda a anclar el proceso de paz en terreno firme y produce unos dividendos asombrosos en términos de estabilidad regional y de prosperidad económica, para beneficio de todo el mundo.

Este artículo apareció inicialmente en Global Agenda, la revista



ACNUR/J. MAKEEVA/PLUS-2003

Angelina Jolie se une al equipo de *Y te invita a que te unas tú también.*

Este otoño Angelina Jolie está promocionando el nuevo Equipo de Respuesta Urgente del ACNUR. Además se ha convertido en la primera firmante en apoyo del ERTeam —como se le conoce abreviadamente por sus siglas en inglés— y ha animado a que otras personas hagan lo mismo.

«He tenido el honor de conocer y trabajar junto al personal del ACNUR en algunas de las zonas más remotas e inhóspitas del mundo —dice Jolie, que ha visitado más de 20 países, desde Sri Lanka a Sierra Leona, en calidad de Embajadora de Buena Voluntad del ACNUR—. La dedicación y el compromiso de estos compañeros, ayudando un día tras otro a los refugiados, es una inspiración».

Cuando la gente ha huido de sus hogares y está en la miseria, cuando se siente hambrienta y vulnerable, necesita ayuda con rapidez. El Equipo de Respuesta Urgente se encuentra en alerta las 24 horas del día para responder a cualquier crisis de refugiados importante en cualquier lugar del mundo. En unas horas se cargan suministros vitales en avión y miembros perfectamente entrenados del ERTeam suben a bordo, armados de conocimientos que pueden salvar un número incalculable de vidas. Suelen ser de los primeros en llegar al lugar de los hechos, como, por ejemplo, en el tsunami y en el terremoto de Pakistán,



así como en las grandes crisis de refugiados de Ruanda y Afganistán.

ES DE VITAL IMPORTANCIA ESTAR PREPARADO

Los miembros del Equipo de Respuesta Urgente tienen que llegar al lugar de los hechos a la carrera, a menudo en situaciones de una tensión y un caos extremos. Esa es la razón por la que, cuando se presentan voluntarios para hacer guardias en el equipo, este personal ya

experimentado tiene que pasar por nueve días de entrenamiento intensivo en materias prácticas como diseño y gestión de campamentos, telecomunicaciones, conducción de todoterrenos y primeros auxilios. También se les enseña a enfrentarse a una amplia gama de situaciones peligrosas, como tratar con milicias armadas o cómo reaccionar cuando te retienen a punta de pistola o incluso cuando te raptan y te toman como rehén.

El curso, que acepta a unas 40 personas de todo el mundo, tiene lugar tres veces al año. La gente que lo acaba se encuentra física y mentalmente preparada para enfrentarse a algunas de las situaciones más duras y exigentes.

Sólo en los dos últimos años se han enviado equipos a más de 20 lugares, entre otros Darfur y Chad, Sri Lanka, Pakistán,

Hacer caso omiso de los conflictos que están a punto de estallar resulta igualmente nocivo y enormemente caro. Piénsese en Bosnia, en Ruanda, en Afganistán, donde una mayor inversión y una política internacional más concienzuda en los años 80 y principios de los 90 podrían haber cambiado el curso de la historia para todos nosotros. Osama Bin Laden prosperó por nuestro abandono de Afganistán. Parece que las cosas han mejorado ahora en todos estos países, pero ¿a qué coste?, ¿y con cuántos millones de refugiados diciéndonos en qué nos estábamos equivocando? Eso sin mencionar los más de dos millones de muertos en esos tres países solamente.

He estado en alguno de estos países, o en los países vecinos donde permanecen los refugiados. Es una auténtica lección de humildad, una revelación contundente. Me ha hecho darme cuenta de que nos

estamos comportando todos —yo también— como la pareja sentada bajo la sombrilla en la playa, mirando deliberadamente hacia el mar.

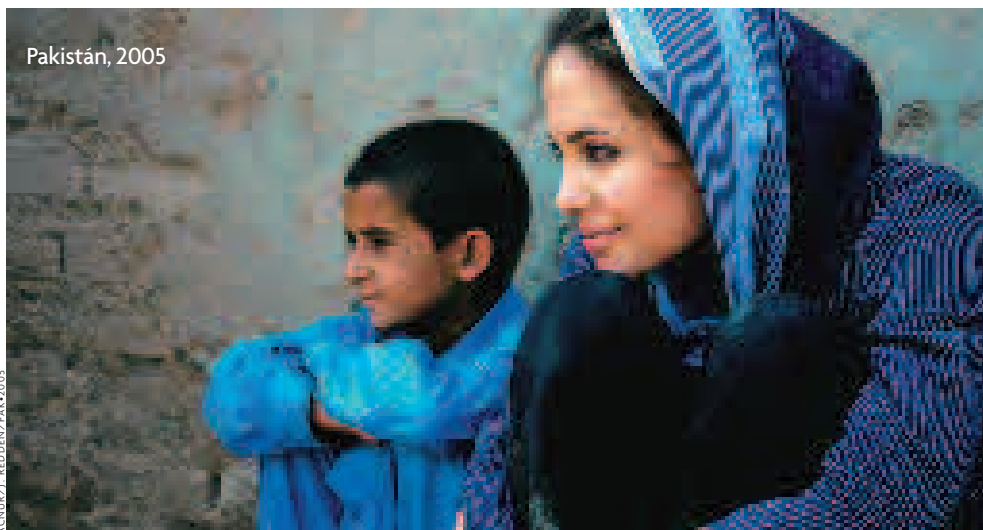
Y, sin embargo, tanto a nivel individual como colectivo, tenemos de hecho la capacidad y los medios para marcar la diferencia. Creo que todos queremos lo mismo: un mundo estable, una economía estable y la

posibilidad de progresar como personas y como naciones. Queremos un futuro mejor. No queremos seguir repitiendo los errores del pasado.

ANGELINA JOLIE ha ganado un Óscar y varios Globos de Oro como actriz y es Embajadora de Buena Voluntad del ACNUR desde agosto de 2001.

Pakistán, 2005

ACNUR/REDDEN/PAC2005



del Encuentro Anual del Foro Económico Mundial en 2006.

respuesta urgente del ACNUR



Chad, 2004.

ACNUR/E. PARSONS/7CD-2004

Timor Oriental, la República Democrática del Congo y la provincia indonesia de Aceh tras ser devastada por el tsunami. Más recientemente, los equipos del ACNUR han ayudado a cientos de miles de desplazados libaneses, tanto en el interior del país como al otro lado de la frontera siria.

¿Te gustaría apoyar al personal del ACNUR, asegurarte de que reciben la formación, el equipo y los suministros que necesitan?

Angelina Jolie no ha dudado en apoyar este importante proyecto del Equipo de Respuesta Urgente, convirtiéndose en su primer miembro de apoyo en la retaguardia. Tú también puedes firmar online en www.erteam.unhcr.org, con lo que conseguirás enviar una rápida y vital ayuda a los refugiados cuyos pueblos han quedado devastados por la guerra, la persecución y la catástrofe.

«Haz como yo hoy mismo y apoya al Equipo de Respuesta Urgente»

— Angelina Jolie



Los liberianos esperan que los espantosos recuerdos de la guerra, la anarquía y las atrocidades recientes serán, si no olvidados, al menos firmemente relegados al pasado.

El sueño liberiano

POR ANNETTE REHRL

CUANDO, EN 2002, los rebeldes armados del grupo Liberianos Unidos por la Reconciliación y la Democracia (LURD) descendieron como un huracán desde el condado norteño de Lofa, dejando un reguero de muertes, violencia y destrucción masiva a su paso, los ciudadanos de Boiwen decidieron que ya estaban hartos.

Al principio, los hombres de esta aldea del suroeste del condado de Bomi habían decidido esconderse en el monte, hasta que el desenfrenado aluvión de jóvenes salvajes y drogados hubiera pasado por el pueblo quemando, saqueando y violando a todas las mujeres con las que se topasen, como era su costumbre.

Sin embargo, los vecinos cambiaron rápidamente de parecer al darse cuenta de que no tenían manera de evitar el cataclismo que estaba a punto de sacudir a su comunidad.

En lugar de eso, decidieron enviar a los ancianos, las mujeres y los niños al campo de Wilson Corner. La mayor parte de los hombres les siguió poco después, dejando atrás sólo a un puñado de valientes que velaría por sus chozas y los campos en Boiwen y sus alrededores.

Decenas de miles de liberianos igualmente asustados —con razón—, huyeron hacia Monrovia entre 1999 y 2003, buscando refugio en uno de los 35 campos y



ques de un verde intenso, un suelo famoso por su riqueza: diamantes, oro, madera, caucho en abundancia... Una naturaleza tan generosa que no hay más que dejar caer una semilla y verla crecer.

«Este país es muy afortunado –dice el miembro de una misión de paz de la ONU de origen paquistaní—. Tiene lluvias y suelos fértiles. Aquí nadie debería pasar hambre. La naturaleza es extremadamente generosa en comparación con la seca región de Pakistán de donde vengo. Nuestros agricultores tienen que trabajar muy duro para sobrevivir».

Sí, dicen los liberianos, no muy convencidos. Nuestro país es afortunado. Y sin embargo... Enumeran las diferencias tribales y citan la envidia y el ansia de poder y riqueza que han asolado su país durante gran parte de los 150 años transcurridos desde que fuera fundado por esclavos norteamericanos retornados en 1822. Los profundos problemas del país culminaron con

no

asentamientos para desplazados internos que habían surgido espontáneamente en la capital y sus alrededores.

Normalmente, la gente que vivía junto a una frontera conseguía salvar la vida, dirigiéndose por la jungla a Sierra Leona, Guinea o Costa de Marfil, países que, uno tras otro, han sufrido convulsiones en su propio suelo, relacionadas, al menos en parte, con la compleja dinámica regional causada por el colapso de la vida pacífica en Liberia.

Otros –muchos de ellos hartos del constante ir y venir durante una década de guerras civiles– agarraron sus pertenencias y se marcharon a países más estables, como Ghana o Nigeria.

TIERRA AGRACIADA, HISTORIA TEMPESTUOSA

UN VIAJE POR LA LIBERIA DE HOY ENFRENTA al visitante con imágenes contradictorias y ofrece más preguntas que respuestas. Bos-



Izquierda: Unos retornados reconstruyen su casa en el condado de Lofa, una de las zonas más devastadas de Liberia.
Arriba: El campo de Maimu para desplazados internos junto a Monrovia. El último campo se cerró en marzo de 2006.



Personal del ACNUR tratando sobre cuestiones de protección con un juez liberiano en un tribunal rural. El sistema judicial del país quedó desarticulado tras 14 años de guerra civil.

ACNUR/E. COMPTE VERDAGUER/LBR/2005

14 terribles años de sangrientas guerras civiles entre 1989 y 2003: tres en total, denominadas Primera, Segunda y Tercera Guerra Mundial por los habitantes locales.

El Condado de Lofa, en el extremo norte, junto a la frontera con Guinea y Sierra Leona, era en tiempos el granero de Liberia, pero, a principios de 2005, pese a los dos años de paz vividos, parecía seguir en pleno caos. Todos los pueblos estaban destruidos. Casi todos los edificios que quedaban en pie habían sido saqueados, se habían quemado mezquitas hasta reducir las a cenizas, a las escuelas se las había tragado la jungla.

Más al sur, los condados de Gbarpolu, Bong, Bomi y Grand Cape Mount ofrecían una imagen similar: pozos abandonados, mercados destrozados y un tercio de la población de Liberia, preponderantemente rural, hacinada en campos para desplazados internos, ocupando edificios públicos vacíos en el centro de Monrovia o viviendo a la intemperie en las playas y en los alrededores de la capital, a la espera de tiempos mejores.

RECUPERACIÓN PROGRESIVA

AHORA, TRES AÑOS DESPUÉS DEL ACUERDO de Paz firmado en agosto de 2003 en Accra, y un año y medio después de que Ellen Johnson Sirleaf tomara posesión del cargo de Presidenta —la primera mujer de África en ser elegida democráticamente—, Liberia da muestras de una recuperación progresiva.

En el último año, el Condado de Lofa ha recibido casi a 45.000 refugiados retornados y cerca de 120.000 antiguos desplazados internos. En total, 74.000 retornados han decidido volver a Liberia con ayuda del ACNUR entre el comienzo de la operación de repatriación, en octubre de 2004, y julio de 2006. Más de 200.000 retornados han regresado espontáneamente por sus propios medios desde 2003.

El nuevo Gobierno, así como los donantes y las agencias de la ONU y de otro tipo, considera el regreso de la población de Liberia como una señal clara de confianza en el futuro, a pesar de las lagu-

nas y los inmensos obstáculos a los que deben hacer frente. Parece que por fin se ha empezado un nuevo capítulo. «Lo que hace falta ahora es empleos, empleos y más empleos», recuerda la Presidenta Ellen Johnson Sirleaf a la comunidad internacional.

Pero la tarea es realmente mayúscula. Y las cicatrices sociales no sanarán del todo hasta que no se hayan enfrentado directamente algunos de los demonios que aún quedan en Liberia. Éste, al menos, es un punto en el que todo el mundo está de acuerdo.

Los esfuerzos de reconstrucción tendrán que dedicarse a algo más que rehacer las carreteras y edificios públicos dañados. Hay que reconstruir la sociedad misma a partir de los cimientos. La gente que ha experimentado destrucción y sufrimiento y que ha visto auténticas atrocidades tendrá que encontrar una forma de reconciliarse, perdonar y empezar a forjar una nueva identidad nacional en común.

Casi todos los edificios que **quedaban en pie** habían sido **saqueados**, se habían quemado mezquitas hasta reducir las a cenizas, a las escuelas se las había **tragado la jungla**.

Hoy parece que se respira una nueva sensación de **confianza** pese a los enormes **desafíos** a los que se enfrenta esta sociedad **devastada por la guerra**.

ENORMES DESAFÍOS POR DELANTE

UN 85 POR CIENTO DE LA POBLACIÓN necesita empleos. Esta cifra incluye a miles de antiguos combatientes, muchos de los cuales desean que los acepten la sociedad y sus familias, aunque siguen siendo —comprensiblemente— objeto de una gran desconfianza pública.

Como demuestra la experiencia en otros países devastados por la guerra, hay que trabajar simultáneamente en un cierto número de temas cruciales para generar y mantener un impulso positivo.

La Presidenta Johnson Sirleaf ha realizado una gira por todo el mundo para recaudar fondos y hacer campaña a favor de Liberia, decantándose por una línea dura en materia de corrupción e intentado cumplir su promesa electoral de devolver la electricidad a varias zonas clave de Monrovia después de 17 largos años de oscuridad.

Mientras, la recientemente constituida Comisión de la Verdad y la Reconciliación pretende arrojar un tipo distinto de luz sobre las atrocidades cometidas durante las guerras, invitando a los liberianos a testificar y compartir sus agravios.

CIERRAN LOS CAMPOS

EL 31 DE MARZO DE 2006 SE CULMINÓ UN importante hito histórico con el cierre oficial de todos los campos de desplazados internos, después de que el ACNUR ayudara a 321.745 personas a regresar a sus comunidades de origen.

Hoy por hoy, hasta los ciudadanos de Boiwen han vuelto a sus hogares. Huyeron juntos y se fueron del campo de Wilson Corner juntos. Siguiendo la lista de prioridades de sus habitantes, el ACNUR les ha rehabilitado la choza del «palaver» (un tipo de centro comunal), les ha construido un pozo y les ha instado a tomar parte en un proyecto agrícola.

Los niños de Boiwen han regresado a la escuela y, aunque las heridas de la guerra siguen a la vista, parece que la vida vuelve poco a poco a la normalidad. Un grupo de niños que representa una obra en el día de su graduación explora los límites de esa normalidad; han decidido aprovechar esta oportunidad para tratar uno de los temas

que más preocupa a la comunidad actualmente: el triste hecho de que mientras unos habitantes se dedican a cultivar mandioca, otros se cuelan en sus huertos para robar la cosecha.

Pero, ¿cómo se soluciona exactamente un robo de mandioca en un país donde se considera aceptable que la gente se tome la justicia por su mano, dado que la confianza en la policía, en el sistema de justicia y en cualquier forma de autoridad quedó hecha añicos hace mucho tiempo y aún no ha sido restaurada?

El grupo de teatro ideó una solución innovadora: en vez de lincharlo allí mismo, llevaron a su ladrón ante el jefe del pueblo, que consultó con los ancianos y las demás partes implicadas. Al final se le ordenó rembolsar a la familia y se le condenó a trabajos comunitarios.

Se diría que esta inteligente propuesta es una buena señal para el futuro. Sin embargo, Boiwen, como miles de pueblos en Liberia, sigue sin contar con un departamento local de policía, como tampoco existe ninguna clínica en las inmediaciones. El Superintendente —la más alta autoridad del Condado de Bomi— se quejaba recientemente de que hace falta construir o reconstruir docenas de escuelas, y de que los niños pueden acabar siendo víctimas de la violencia y los abusos sexuales si tienen que levantarse a las 4:30 de la mañana y andar durante dos horas para llegar a la escuela más cercana.

PASO A PASO

AUNQUE LA POBLACIÓN RURAL DE LIBERIA está más que dispuesta a tomar parte en la reconstrucción del país, su futuro económico a largo plazo sigue lejos de estar claro. De momento apenas hay posibilidades de conseguir ingresos, con excepción de los pequeños negocios, consistiendo éstos en su mayoría en mujeres que andan durante horas, día tras día, para vender cualquier mercancía a la que hayan podido poner las manos encima.

Sin embargo, la mayoría de los liberianos parecen decididos a mantenerse firmes contra cualquiera que intente malograr el nuevo espíritu de optimismo que paulatinamente se está apoderando de Monrovia y las zonas rurales. Los

habitantes de la capital —incluso los que siguen viviendo a la intemperie en las playas— hacen lo posible por ser comprensivos con los logros del nuevo Gobierno y por ejercitar su paciencia.

«Lo estamos intentando, pequeño, pequeño», dice Thomas Kamara, un antiguo refugiado en Guinea. En esta parte de África occidental, «pequeño, pequeño» significa que las cosas podrían ir mejor... pero sin duda también peor.

«Llevará mucho tiempo reconstruir este país. No podemos esperar demasiado a corto plazo», añade, subrayando que, a pesar de las dificultades a las que se enfrenta prácticamente todo el mundo, los liberianos están cansados de la guerra: «He sido un refugiado durante trece años. La mejor decisión que tomé el año pasado fue regresar a mi país. Queremos vivir en paz».

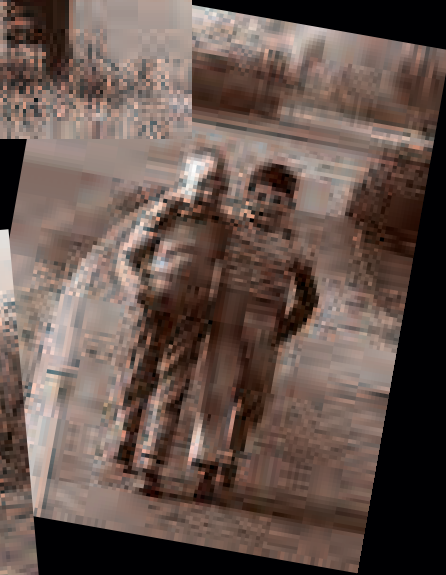
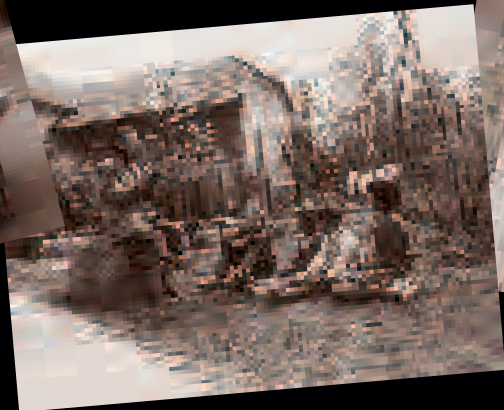
De vuelta en el Condado de Lofa y otras zonas de retornados, los agricultores empiezan a cosechar y las comunidades locales hacen causa común en la reconstrucción de escuelas y casas, mientras que las agrupaciones de mujeres se centran en los pequeños negocios. Las comunidades se ayudan entre sí con sus necesidades diarias y miran hacia delante, en vez de hacia atrás y a su doloroso pasado.

Y hoy, en general, parece que se respira una nueva sensación de confianza pese a los enormes desafíos a los que se enfrenta esta sociedad devastada por la guerra.

La gente de Liberia confía en que un día será más próspera de lo que es ahora. En que tendrán agua limpia y potable para beber y luz en sus casas. En que tendrán trabajo y sus niños asistirán a una escuela en las cercanías. En que, cuando estén enfermos, los tratará un médico en un hospital.

Crean que pueden volver a vivir codo con codo y en paz con sus vecinos, y que los espantosos recuerdos de la guerra, la anarquía y las atrocidades recientes serán, si no olvidados —porque es imposible olvidar cosas así—, al menos firmemente relegados al pasado.

Puede que aún parezca un sueño, pero al menos ahora hay una posibilidad beligerante de que el sueño se vuelva realidad. ■



Entrevista con Estrella Rodríguez, Directora General de Integración de los Inmigrantes

“Los problemas en la integración de los refugiados derivan del divorcio entre expectativas y realidad”

Por María Jesús Vega

Durante 20 años trabajó en la Cruz Roja dirigiendo incontables programas. Ahora está al frente de la Dirección General de Integración de los Inmigrantes, dentro de la Secretaría de Estado de Inmigración y Emigración.

¿Ha supuesto para usted un cambio de perspectiva importante el pasar de trabajar en la Cruz Roja a hacerlo para la Administración del Estado?

Además de importante, el cambio ha sido estimulante. Mi trayectoria profesional se ha desarrollado en una organización social y, como es lógico, la visión que tenía del trabajo de la Administración ha ido cambiando. Tener la oportunidad de ser responsable de la primera unidad que la Administración General del Estado crea específicamente para diseñar y promover políticas de integración de los inmigrantes ha supuesto un reto profesional y personal que asumo con ilusión y que intento ejercer desde la firme convicción del compromiso de los poderes públicos con las políticas sociales.

¿Nos puede contar cómo transcurre un día normal en su Dirección General?

Las funciones que desarrollamos en la Dirección son múltiples, muy variadas, y conllevan la gestión de un presupuesto importante que asciende a más de 2.306 millones de euros. En el ámbito de la integración de los inmigrantes, el papel de la Administración General del Estado es básicamente de coordinación y promoción de las actuaciones que ponen en marcha Comunidades Autónomas, Ayuntamientos y entidades sociales, por lo que prácticamente todos los días mantengo reuniones de trabajo con estas “contrapartes”. Además, el día a día exige despachar los asuntos de la Dirección con mis colaboradores, un equipo de más de



80 personas cuyo trabajo se organiza en torno a tres grandes áreas: las relaciones institucionales, la intervención social y los trabajos del Observatorio Español del Racismo y la Xenofobia. Además de este personal, desde la dirección gestionamos dos centros de inmigrantes (los CETI de Ceuta y Melilla) y cuatro Centros de Acogida de Refugiados, en los que trabajan más de 140 personas.

En su experiencia de trabajo con distintos colectivos, ¿cuáles ve usted que son las mayores diferencias en los procesos de integración de los refugiados y de los inmigrantes económicos?

Llevamos muchos años trabajando en la integración de refugiados y solicitantes de asilo, un colectivo poco numeroso en nues-

tro país para el que disponemos de programas y recursos específicos de atención con mucha experiencia y, yo creo, mucha calidad. El trabajo con inmigrantes es más reciente y, además, se trata de un colectivo que, en muy pocos años, ha experimentado un crecimiento espectacular que nos ha obligado a reforzar las líneas de trabajo ya existentes y a iniciar otras nuevas para dar respuesta a unas necesidades en muchas ocasiones imprevisibles. Quizás, en la integración de los refugiados, los problemas derivan del divorcio entre las expectativas y la realidad que conlleva una migración “forzosa”; además, el refugiado suele tener un profundo deseo de retornar y participar en la reconstrucción social y política de su país, que no siempre puede hacerse reali-

dad y que puede acabar generando cierto sentimiento de frustración, lo que muchas veces dificulta la integración. Conscientes de esta realidad, desde la Dirección General de Integración de los Inmigrantes promovemos programas específicos para refugiados y solicitantes de asilo y afrontamos los retos que se nos plantean desde la calidad del servicio y la defensa de sus derechos, por encima de cualquier otra consideración.

¿Cuál ha sido el mayor reto o la situación más compleja a la que se ha enfrentado desde que asumió la Dirección General en relación con los solicitantes de asilo y/o los refugiados?

Como decía antes, el trabajo con los refugiados está avalado por años de experiencia y dedicación que hacen que podamos estar orgullosos del sistema de protección e integración de este colectivo. Quizás la situación más complicada fue la acaecida este verano en el Centro de Acogida de Refugiados de Alcobendas, un centro modélico en su funcionamiento que recibió críticas infundadas por parte de un ex residente y que, lamentablemente, fueron objeto de manipulación partidista y mediática. Los profesionales que trabajan en los CAR conocen muy de cerca a los solicitantes de asilo y refugiados de los centros con los que conviven a diario.

¿Considera usted que la información con la que ellos cuentan se aprovecha adecuadamente y se valora en el procedimiento para la determinación del estatuto de refugiado?

La Dirección General de Integración de los Inmigrantes es una parte activa de la Comisión Interministerial de Asilo y Refugio, a la que contribuimos con los correspondientes informes sociales; unos informes que resultan de especial importancia en el proceso de determinación del estatuto de refugiado y que se realizan tanto para las personas acogidas en los cuatro CAR gestionados por la Dirección General como para las personas acogidas en las plazas gestionadas por diversas organizaciones no gubernamentales a las que subvencionamos desde la Dirección.

¿Qué les diría a quienes infunden mensajes de temor tales como “los inmigrantes nos invaden”, “que se adapten ellos porque van a acabar con nuestra cultura”, etc.?

La historia de la humanidad es la historia de las migraciones. En nuestro caso, la inmigración es una realidad que se está ma-

nifestando con fuerza desde hace diez años y que sin duda va a continuar en el futuro. Además de los innegables beneficios económicos y demográficos que ponen de manifiesto los datos socioeconómicos, es un reto al que nos enfrentamos todas las sociedades desarrolladas, y debemos aprovecharlo en términos de riqueza y diversidad cultural, democracia y defensa de los derechos humanos. La inmigración es positiva, pero es objeto de demagogia, utilización partidista y hasta truculencia mediática, que no hacen sino aumentar los riesgos de racismo y

“El reasentamiento es uno de los elementos de las llamadas soluciones *duraderas* para el asilo y el refugio y España no puede permanecer ajena a estas iniciativas, por lo que estamos estudiando con interés nuestra implicación en las mismas”

xenofobia. Hemos de abordar el tema desde la coherencia, la serenidad y la responsabilidad, siendo conscientes de que nos jugamos nuestro modelo de convivencia para los próximos años.

Las Islas Canarias han experimentado en los últimos meses un considerable incremento en el número de inmigrantes irregulares, incluyendo menores no acompañados, algunos de los cuales están siendo trasladados a la península para descongestionar los centros del archipiélago. Aun entendiendo que la mayoría de los menores vienen a España por motivos de inmigración económica, ¿piensa usted que se han puesto en marcha mecanismos eficaces para la detección de algunos de los que puedan necesitar protección internacional?

Es cierto que la inmigración en España es fundamentalmente económica, pero nuestro sistema dispone de instrumentos para identificar y garantizar las necesidades de protección internacional, tanto en menores como en adultos.

¿De qué forma afectará la armonización de las políticas de asilo en la Unión Europea y la transposición de las directivas en lo relativo a la acogida e integración de los solicitantes de asilo y refugiados? En este sentido, ¿se esperan cambios importantes en el contexto de la legislación española?

El Gobierno está preparando una nueva Ley de Asilo motivada fundamentalmente por la necesidad de transponer las Directivas comunitarias; esta ley no va a implicar grandes cambios en materia de protección de refugiados, porque los niveles de protección de nuestro ordenamiento jurídico ya son muy altos, pero sí va a suponer mejoras importantes en el ámbito de la protección subsidiaria, es decir, de la protección internacional por otros motivos que técnicamente no coinciden con la figura de refugiados; por ejemplo, los desplazados por conflictos internos. Por otra parte, en relación con las condiciones mínimas de acogida a los solicitantes de asilo, he de recordar que el nuevo Reglamento de la Ley de Extranjería, aprobado por Real Decreto 2393/2004, ya incorpora los contenidos de la Directiva 9/2003.

Reduciéndose como están las cifras de los solicitantes de asilo en España en los últimos años y siendo el Gobierno partidario de apoyar los programas de reasentamiento del ACNUR, ¿cuándo considera usted que podría ponerse en marcha un programa de reasentamiento en este país en colaboración con las ONGs?

El reasentamiento es uno de los elementos de las llamadas políticas o soluciones “duraderas” para el asilo y el refugio y España no puede permanecer ajena a estas iniciativas, por lo que estamos estudiando con interés nuestra implicación en las mismas.

¿Qué destacaría de la colaboración con la DGII y la aportación de las ONGs o de organismos como el ACNUR en el contexto del asilo en España?

En el contexto del asilo, queda fuera de toda duda la importancia del trabajo que llevan a cabo las ONGs. Por su parte, no se entendería ninguna actuación sin la colaboración y seguimiento del ACNUR, garante y vigilante de la Convención de Ginebra y a quien nuestra Ley de Asilo otorga un papel activo en la Comisión Interministerial de Asilo y Refugio. Creo que cada uno hemos conseguido jugar el papel que nos corresponde dentro de un clima de colaboración, coordinación y respeto y que el trabajo en red que realizamos está dando sus frutos en la defensa del derecho de asilo. ■

M^a Jesús Vega es Responsable Adjunta de Relaciones Externas de la Delegación del ACNUR en España

Desplazados internos, el gran FRACASO de la comunidad internacional

Por Francesca Fontanini

El ACNUR afronta un “momento de la verdad” debido a la gran cantidad de desplazados internos y a diversos desafíos externos. Uno de los más importantes es la reparación de uno de los “grandes fracasos” de la comunidad internacional, el abandono de millones de desplazados internos, que aún continúan dentro de las fronteras de sus propios países, y la falta de garantías y asistencia para proporcionar protección a los refugiados fuera de su territorio.

El ACNUR empezó su labor en 1951, con la misión de proteger y encontrar soluciones para los refugiados, es decir, personas que habían cruzado una frontera internacional para huir de las persecuciones y la violencia en sus países. Además de su mandato inicial, y después de haber prestado ayuda a algunas poblaciones de desplazados internos en los últimos 30 años, hoy se está pidiendo a la agencia que desempeñe un papel cada vez más activo en relación con los 24 millones de desplazados internos que se estima que hay en todo el mundo.

El ACNUR se ha convertido así en un socio comprometido en una nueva propuesta para ayudar a esta categoría de beneficiarios (a veces llamados “refugiados internos”), que no están protegidos por la Convención de 1951 para los refugiados, aunque enfrentan la mayoría de los mismos problemas. El año pasado, al atribuir funciones sectoriales a sus diversas agencias, la ONU reforzó sus esfuerzos de coordinación para responder a las necesidades de un número más importante de desplazados internos.

“Ahora somos parte de una respuesta colectiva del sistema de las Naciones Unidas y de una comunidad humanitaria más amplia; en este contexto hemos asumido la responsabilidad de ser la agencia líder en protección, refugios de emergencia y coordinación y gestión de los campos -explicó el Alto Comisionado de las Naciones para los Refugiados, António Guterres-. Las lecciones aprendidas en cuatro países piloto, Uganda, la República Democrática del Congo, Liberia y Somalia, nos guiarán en el futuro”.

La nueva propuesta ha ayudado al retorno de más de 300.000 desplazados internos en Uganda, trans-

formando una dramática situación humanitaria en una historia potencialmente exitosa. El ACNUR también está reconsiderando su trabajo con los desplazados internos en Colombia, Sri Lanka, el Cáucaso y Costa de Marfil. A pesar de los progresos en algunas de las situaciones con desplazados internos, se estima que hay unos dos millones de personas desplazadas en Darfur, Sudán, una región que se encuentra en una situación de necesidad desesperada de protección y asistencia. A falta de un marco preciso para el ejercicio de la llamada “responsabilidad de proteger”, la comunidad internacional continúa básicamente impotente. La inseguridad creció en Darfur y se extendió hacia el Chad, y ahora mismo está amenazando a la República Centroafricana.

El reporte “Tendencias mundiales sobre refugiados en 2005”, publicado por el ACNUR este año, precisa que, a pesar de la reducción del número total de refugiados, que pasó de 9,5 millones en 2004 a 8,4 millones el año pasado, el número global de personas bajo la competencia de la agencia aumentó en 1,3 millones en 2005, pasando de 19,5 a 20,8 millones. Este aumento se debe básicamente al incremento del número de desplazados internos. El ACNUR contabiliza hoy en 16 países unos 6,6 millones de personas desplazadas en el interior de sus fronteras nacionales por causa de conflictos, mientras que a finales de 2004 eran 5,4 millones en 13 países. Colombia, al contar con más de 2 millones de desplazados internos, acoge la población más importante de personas desarraigadas bajo competencia del ACNUR.

Los 6,6 millones de desplazados internos que el ACNUR asiste actualmente representan el 32 por ciento de los 21 millones de personas bajo su competencia, es decir, el segundo grupo después de los refugiados, los cuales suponen la parte mayoritaria, con un 40 por ciento. El 28 por ciento restante incluye a las personas repatriadas: refugiadas y desplazadas (1,6 millones); los solicitantes de asilo (773.000); los apátridas (2,4 millones), así como a diversos colectivos, incluyendo las personas que no pueden presentar una solicitud de asilo pero que necesitan protección (960.000). ■

Francesca Fontanini es Responsable de Relaciones Externas de la Delegación del ACNUR en España



ACNUR/XAVIER CREACH



ACNUR/M-H. VERNEY

Los menores colombianos acceden al sistema de salud y de educación mientras se tramita la petición de asilo de sus padres (izqda.). Paula, de dos años, tiene nacionalidad venezolana,

El limbo de los solicitantes de asilo colombianos en Venezuela

Por Marie-Hélène Verney

Docenas de pequeños pueblos y asentamientos se distribuyen a lo largo de la ribera del río Arauca en el Estado Apure en Venezuela, uno de los más pobres y menos desarrollados en este rico país petrolero. Entre la población local, que subsiste de la pesca y cultivos a pequeña escala, son muchos los colombianos que han cruzado el río para escapar de la violencia en su país.

Venezuela ha sido por mucho tiempo un país generoso en materia de asilo, acogiendo a colombianos necesitados de asistencia, a quienes se les permite trabajar y tener acceso a los sistemas de salud y educación. Pero puede pasar mucho tiempo antes de que los solicitantes de asilo obtengan la

documentación apropiada, un problema que el ACNUR está tratando de solucionar.

“Estamos trabajando con las autoridades para que se acelere el proceso de evaluación de las solicitudes de asilo y de expedición de documentación para los solicitantes de asilo -explica John Fredrikson, Representante del ACNUR en Venezuela-. Es una tarea enorme, pero también es una de las más importantes”.

El caso de Gustavo, de 22 años de edad, es un ejemplo de las dificultades que los colombianos enfrentan. Él y su familia llegaron a Apure hace cuatro años, después de que un grupo armado irregular intentara reclutarlo por la fuerza.

Este joven se siente culpable porque su familia ha dejado todo por su causa. “Lo peor fue la época en que tuvimos que huir: la semana antes de Navidad, y desde entonces, cada Navidad nos recuerda lo que pasó -dice-. Pero hay que mirar hacia ade-



pero su tío, colombiano, carece de documentación para residir legalmente (centro). Entrevista a Diña, que no puede ir al hospital local para dar a luz por no tener documentación (dcha.).

ACNUR/XAVIER CREACH

lante. Es muy duro algunas veces, pero, si mantienes la vista atrás, se hace imposible continuar”.

Gustavo ha seguido adelante. Gracias a las políticas venezolanas, ha podido acceder a la educación secundaria gratuita en Apure. Es un buen estudiante, tan bueno que fue seleccionado el año pasado para estudiar medicina con una beca en Cuba. Esto fue un motivo de orgullo para él y su familia. Desafortunadamente, después de meses de discusión jurídica, Gustavo no pudo ir.

Aunque Gustavo y su familia se inscribieron como solicitantes de asilo ante las autoridades venezolanas en 2003, aún no hay una decisión sobre su caso y a él no se le ha expedido ningún documento que legalice su presencia en el país. Sin este documento, y a pesar de la intervención del ACNUR, no puede viajar a Cuba.

Para Diña, de 26 años, que llegó a esta región desde Arauca, en el noreste de Colombia, hace cinco meses, la falta de documentación se convirtió en un problema cuando estaba a punto de dar a luz. El niño era muy grande y estaba en una mala posición. Junto a su esposo, viajaron hacia el pequeño pueblo de Guasualito para que le hicieran un che-

queo en la clínica local. Pero las tropas del puesto de control en las afueras del pueblo no les permitieron el paso porque ella no tenía un documento venezolano.

Alertado por un vecino colombiano, el equipo local del ACNUR fue a visitar a Diña al siguiente día. Aunque aún le preocupaba dar a luz sin ayuda médica, fue la inquietud por su hijo de ocho años lo que la hizo llorar ese día.

“Tuvimos que dejarlo cuando huimos de Colombia porque no sabíamos con qué nos encontraríamos aquí - afirma-. Está con la familia de mi esposo y sé que por ahora es el mejor lugar para él. Pero es duro, muy duro. Pienso en él todo el tiempo desde que estamos aquí”.

Diña acordó viajar con el equipo del ACNUR la siguiente mañana, cuando su

esposo pudiera acompañarla. Pero cuando el equipo regresó, ya había dado a luz a una bebé sana a la que llamó Patricia, un capítulo feliz en la difícil historia de la joven mujer. ■

Marie-Hélène Verney es Responsable Regional de Información Pública del ACNUR en Colombia

Gustavo y su familia se inscribieron ante las autoridades venezolanas en 2003 y aún no existe una decisión sobre su caso ni se le ha expedido ningún documento.

Un refugiado sudanés publica un poemario en España

Mirando al cielo desde el exilio

El libro de poesía "Otros cielos", a la venta en librerías, ha sido escrito por un refugiado de Sudán, Ántar H.A. Recordemos que en este país, a consecuencia del conflicto que comenzó en 2003, hay unos 4 millones de desplazados internos.

Además, alrededor de 200.000 refugiados sudaneses están alojados en campamentos en el vecino Chad. En estos momentos, el ACNUR está luchando para hacer frente a las enormes necesidades de estas personas. El deterioro de la seguridad aún impide proporcionar incluso la más mínima ayuda necesaria en las áreas más extensas de Darfur y del Chad. A continuación se recogen varios extractos del libro de Ántar:

RASTRO DE PASOS SOBRE LA VÍA LACTEA

*¿Qué significa tu nombre?
Sus ojos pronunciaron la pregunta.
Mi nombre no tiene significado, le dije:
Sino la historia.
Sonrió despegando los labios.*

*Dijo en lo que dijo: háblame del Nilo
que se explaya entre parajes amparados
por palmeras.*

*Háblame de la otra orilla, de la pudicia
de la noche.*

*De tu familia, de tu gente, de los de tu
quinta,*

*De las sombras de las casas de arena
Que de niños erigimos al llover,
Se levantan y luego se derrumban
Despacio derretidas en el cubil.*

*Le hablé de mis abuelos,
Caballeros del corcel.
Del destello en sus manos,
De tizonas que prometen sufrir.
De Blanco que se funde en Azul.
De huertos que los sopla la brisa.*

*Le hablé de la tierra virgen
que se extiende milla tras milla.
Le hablé de un horizonte que desciende
Para besar los granos de la tierra,
Cuyos ojos se inundan de lágrimas
Como nubes que se condensan despacio...
Llevadas por viento viajeros
Que anhelan cúspides de amor.
Le hablé de vegetación y ubres,
De flores lozanas donde cayera la vista.*

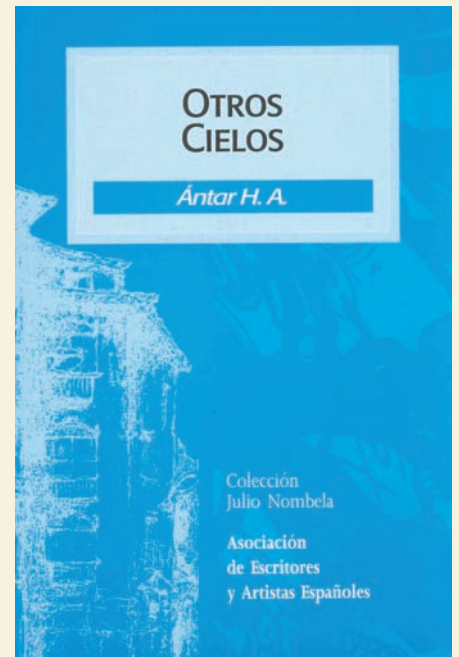
(...)

Se prolongaba mi plática con ella entre la luz y la sombra que envolvían nuestro cielo, aquél cubierto siempre con cemento.

No veíamos estrellas cuando subimos, salvo en las escasas veces que acudíamos a nuestro vecino parque/selva. Le pedí que me hablara a su vez de su nombre, de su vida, de su gente, de sus sueños. Me habló de su padre, que se lo arrebató el destino de las manos cuando apenas empezaba a aprender entre sus manos la vida. De la tristeza que envolvía las facciones de su alegre pueblo. De los colores del amanecer reflejado sobre la hoja del infinito mal. De las viejas que se alargaban el saludo en los callejones de los barrios donde había nacido y crecido. Me habló de la monotonía del lento ritmo de la vida que le inquietaba y le asustaba cuando era pequeña. Del tamaño de los troncos de los árboles, de los fríos enredados bosques y de los colores de las piedras que vio con sus ojos de color verde mezclado con mielero marrón. Su cara se asomaba entre el velo de su oscuro cabello como una luna llena que no elige ningún espejo más que las tierras ecuatoriales. Me miraba de hito en hito con la alegría de la capacidad de amar que guardaba en sus adentros al infinito ser humano.

(...)

No entendía ni fu ni fa de lo que me decía.



*Me dijo: ¡no me arropes, con la rosácea
tela de los elogios...*

*Cuenta mis faltas y mis defectos
Y toca mis olvidados fondos...
Llévame a través de ti a tu mundo,
A páramos meditabundos insomnes...
Déjame dormir un rato a tu lado
Pues siento que añoro ver selvas crecer
Y me quemó por sentir tus abrazos!*

(...)

Yo la contemplaba vaciando su arraigada hominal tristeza noble en dibujos surrealistas que inspiran optimismo. Se sentaba durante largas horas sobre la espalda de la cama, haciendo surgir con la fina punta del lápiz sobre las hojas de su tabla de dibujar, tan sencilla como la de los niños, unas flores que amanecen al mundo sólo para verse brotar sobre el espejo de su quieto rostro de profunda belleza. A veces la presenciaba leyendo un libro bajo el murmullo de la música clásica que emanaba sangre caliente de sus verduscas arterias.

A veces nos sentamos y le dejaba hablar sobre la danza de las nubes de humo de los cigarrillos que volaba por encima de las velas que iluminaban la habitación. Hablaba como quien habla desde un lejano fondo. Me enseñó que estuario del amor no es el bache del ego sino la profundidad del todo. ■

JESÚS VÁZQUEZ

nuevo fichaje en España

El pasado 5 de diciembre se presentaba públicamente en la sede de Hugo Boss en Madrid el nuevo fichaje del ACNUR en España para promover la ayuda a los refugiados: el presentador Jesús Vázquez, uno de los rostros televisivos más populares y queridos en nuestro país.

Si algo quedó patente durante la presentación ante los medios es la claridad de ideas que tiene Jesús respecto a lo que puede hacer: “Necesitamos vuestras aportaciones, apoyadnos en nuestra tarea. Queremos llegar a todos los hogares y mover conciencias, servir de altavoz para los refugiados”.

En la rueda de prensa estuvieron presentes tanto la Directora del Comité Español como el Representante en España del ACNUR, Agni Castro-Pita, quien, en nombre de la agencia, agradeció a Jesús su compromiso público con el ACNUR, señalando que el apoyo de un personaje mediático y gran comunicador como él “contribuirá a fortalecer la conciencia social y a provocar el debate que puede hacer resurgir esa parcela de solidaridad que muchos llevamos dentro en favor de los refugiados”.

Jesús Vázquez ha sido nombrado “Colaborador Especial” del Comité español del ACNUR. A partir de ahora, el presentador va a utilizar su voz y su energía para dar a conocer la situación de los refugiados en el mundo y para captar fondos para ellos.



ACNUR/AMI. VEGA

agencia, en la que podía leerse “Einstein también fue refugiado”, y, con la espontaneidad que le caracteriza, pidió ayuda para las personas que, por razones políticas, religiosas o de género, han sufrido persecución y han tenido que dejar sus casas, sus familias, su entorno y todo lo que les era familiar. Una situación desgarradora

El Representante del ACNUR en España y la Directora del Comité Español flanquean a Jesús Vázquez.

El popular presentador, que ha sido nombrado “Colaborador Especial” del Comité Español del ACNUR, va a utilizar su voz y su energía para dar a conocer la situación de los refugiados en el mundo y captar fondos para ellos.

“Ha sido un honor que una organización como el ACNUR se fijara en mí. Creo que hay pocas tragedias comparables a la guerra y sus efectos. Cuesta imaginar, desde nuestro opulento primer mundo, lo que representa huir del terror, la represión y la muerte, perder tu hogar, tu vida entera, huir sin saber dónde ni cómo vas a sobrevivir, qué les vas a dar de comer a tus hijos -comentaba Jesús Vázquez tras su nombramiento-. No podemos mirar para otro lado. Las voces de millones de víctimas inocentes deben golpear nuestras conciencias”.

Habiendo colaborado ya con el ACNUR en 2003 para una subasta online, un buen día, en su programa “Allá tú” de Tele 5, Jesús se puso una camiseta de la

que el actual presentador de “Operación Triunfo” captó desde el primer momento y supo comunicar como él sabe hacerlo, con sencillez y absoluta claridad.

A partir de ahí se entabló una relación muy fructífera, culminada con su nombramiento como “Colaborador Especial del ACNUR” para España, con el que quiere trabajar como uno más en la organización para que sus proyectos de cooperación aumenten, llegue más ayuda humanitaria en las situaciones de emergencia y, sobre todo, para que nadie se olvide de todas esas personas que un día tuvieron que huir con lo puesto, escapando de la guerra, de la persecución y de la intolerancia. ■

La comunidad educativa GSD apoya al ACNUR

La Fundación Gredos San Diego (GSD) continúa apoyando las iniciativas que la Cooperativa del mismo nombre ha realizado en favor de los refugiados y el ACNUR, y que se ha materializado en la firma de un convenio de colaboración con el Comité Español del ACNUR el pasado 29 de noviembre.

La Fundación, que amplía con esta labor su línea de responsabilidad social corporativa de atención a la educación ambiental, se compromete a desarrollar actividades de sensibilización y recaudación de fondos a favor de los refugiados.

Durante el acto de la firma del Convenio, estuvieron presentes el Alcalde de El Escorial y concejales, directivos de la Fundación GSD, de la Cooperativa y de sus tres colegios, así como algunos de sus alumnos, el Representante del ACNUR en España, Agni Castro-Pita, y la Directora de España con ACNUR, M^a Angeles Siemens.

En dicho evento, el presidente de Gredos San Diego Cooperativa, Javier Martínez Cuaresma, anunció la campaña de recogida de fondos que se realizó posteriormente en los Colegios GSD durante su día de "puertas abiertas", destinada a la construcción de una escuela en la República Democrática del Congo. La iniciativa, con el lema "Un ladrillo para una escuela", ofreció unas miniaturas de ladrillo con la serigrafía "Seré escuela en Nzomekeke" al precio de 2 euros.

Desde 2004, Gredos San Diego Cooperativa mantiene abierta una importante línea de colaboración con el ACNUR, desarrollando iniciativas solidarias y creativas en los tres colegios que gestiona, tanto educando en valores como apoyando económicamente los proyectos de la agencia. Por tercer año consecutivo, la Cooperativa ha dedicado su agenda escolar a los refugiados; la de este curso 06/07 estará centrada en los refugiados famosos y su aportación a la sociedad que les acogió. En las actividades llevadas a cabo han participado, con una gran dedicación, padres, alumnos y profesores. ■

Más información:

marketing@gredossandiego.coop
www.eacnur.org



La Directora del Comité Español del ACNUR agradece la colaboración de la cooperativa GSD.

Desde ahora tienes una buena causa para comprar

Visita nuestra tienda virtual, otra forma de apoyar a los refugiados

Hemos abierto una nueva sección en nuestra página web www.eacnur.org, donde encontrarás una selección de productos, en los que hemos puesto todo nuestro cariño para ofrecerte una buena calidad y un diseño a la última.

Son artículos que reflejan la labor de ACNUR y al comprarlos reflejarán también tu compromiso.

Son también un excelente regalo, que dirán mucho de ti y de tus valores a quien lo recibe.

Por otro lado, con la compra de estos productos, estarás colaborando activamente en nuestra labor en favor de miles de personas de todo el mundo que dependen de nuestra ayuda para tener esperanza en una vida mejor y un futuro digno.

Sin ti no sería posible. ¡Gracias por apoyar nuestro trabajo también desde nuestra tienda!

Esta actividad cuenta con la colaboración de Bit Solidaria S.L.

http://www.camisetasolidaria.com/acnur/por_que.asp